



Ayer terminará mañana

Santiago José Sepúlveda Montenegro

**Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Artes, Maestría en Escrituras Creativas
Bogotá, Colombia**

2014

Ayer terminará mañana

Santiago José Sepúlveda Montenegro

Tesis presentada como requisito parcial para optar al título de:

Magíster en Escrituras Creativas

Director:

El escritor Guido Tamayo

Universidad Nacional de Colombia

Facultad de Artes, Maestría en Escrituras Creativas

Bogotá, Colombia

2014

AGRADECIMIENTOS

A Guido Tamayo, por su respeto y excelente guía durante el desarrollo de este proyecto; a Juan Diego Mejía, por su ayuda a darle vida desde la nada; a mis compañeros de maestría, de quienes me hice muy cercano, por nuestros encuentros extra-curriculares, donde muchas veces se aprendió más de lo que aprendimos en las aulas; agradezco también a mi familia, por su constante e incondicional apoyo durante el desarrollo de esta ópera prima; y, por último, a cada uno de los lectores, pues cada uno fue una mirada nueva y distinta.

RESUMEN

El autor escribe la novela desde su propio presente reflexionando sobre la historia de sus personajes. Tres de ellos dejan la ciudad de Bogotá buscando una mejor vida en el campo. Otros dos son los testigos del pasado en el que tres comunidades indígenas se atrincheraron en el Peñón de Sutatausa en resistencia al dominio español. Los tres personajes del futuro vuelven a recorrer el camino que recorrieron los cinco mil indígenas, salvaguardándose también de un batallón militar.

La novela usa un lenguaje experimental en su narración, lenguaje que va de la mano con los sucesos de la historia, cosa que le permite al escritor ser también parte de ella.

Palabras clave: Lenguaje experimental, autor, conflicto étnico, ficción, composición literaria, escritura, historia.

ABSTRACT

The author writes the novel from his perspective of the present time reflecting on the history of its characters. Three of them leave the city of Bogotá looking for a better way of life in the countryside. Two others are the witnesses of the past when three indigenous tribes barricaded themselves in “el Peñon de Sutatausa” in resistance to the Spanish rule. The three characters from the future return to the path that the five thousand indigenous traveled; also, protecting themselves from a military battalion.

The novel uses an experimental language within the narration, a language that goes hand in hand with the events of the story, which allows the writer to be part of it as well.

Keywords: Experimental language, author, ethnic conflict, fiction, literary composition, writing, history.

CONTENIDO

AGRADECIMIENTOS	ii
RESUMEN	iii
ABSTRACT	iv
PRÓLOGO	vii
I	2
<i>Ana</i>	3
<i>Chaicu</i>	5
<i>Victor</i>	7
<i>Panichota</i>	9
II	11
<i>Ana</i>	12
<i>Chaicu</i>	14
<i>Víctor</i>	17
<i>Panichota</i>	19
III	22
<i>Ana</i>	24
<i>Chaicu</i>	26
<i>Víctor</i>	28
<i>Panichota</i>	30

IV		32
	<i>Ana</i>	34
	<i>Chaicu</i>	37
	<i>Víctor</i>	39
	<i>Panichota</i>	41
V		44
	<i>Ana</i>	45
	<i>Chaicu</i>	47
	<i>Víctor</i>	49
	<i>Panichota</i>	51
VI		54
	<i>Ana</i>	55
	<i>Chaicu</i>	58
	<i>Víctor</i>	60
	<i>Panichota</i>	62
VII		64
	<i>Ana</i>	65
	<i>Chaicu</i>	67
	<i>Víctor</i>	69
	<i>Panichota</i>	71
VIII		73
	<i>Ana</i>	74
	<i>Chaicu</i>	76
	<i>Víctor</i>	78
	<i>Panichota</i>	80
IX		82
	<i>Ana</i>	83
	<i>Chaicu</i>	84
	<i>Víctor</i>	85
	<i>Panichota</i>	86
X		87
	<i>Ana</i>	89
	<i>Chaicu</i>	90
	<i>Víctor</i>	91

PRÓLOGO

Este proyecto quiso ser novela antes de ser siquiera idea. Siempre había escrito textos de una extensión corta, y quise enfrentarme a un texto más largo. Quería explorar qué posibilidades podía ofrecer la extensión, qué cosas se podían lograr, distintas a las que se pueden lograr en un texto corto. Fue, desde lo más bruto de su génesis (es decir, el deseo de hacer una novela), un deseo de explorar lo desconocido.

Una vez tomada la primera decisión, debía pensar de qué iba a ser la novela. Si iba a enfrentarme a algo desconocido, entonces que fuera desconocido por completo: ciencia ficción. Nunca había escrito ciencia ficción, y no conocía, además, ciencia ficción colombiana. Ignorancia, pues vine a enterarme poco después de que la hay, y no poca.

El proyecto era algo así: Bogotá, en un futuro lejano, se encuentra embebida en una densa niebla que induce a los habitantes de la ciudad a un letargo mental y corporal. Un grupo de personas habla entre sí, y a partir del diálogo llega a la conclusión, y posteriormente a la acción, de que la máquina que genera la niebla debe ser destruida. Después de esto la idea quedó en espera suficiente tiempo para morir (casi del todo).

Durante esta espera entre la concepción de la idea y el comienzo de la escritura, recibí un regalo: el libro de Umberto Eco *Confesiones de un joven novelista*. Allí leí, en la página veinticuatro, “*No fue hasta después de mi tercera novela cuando adquirí consciencia plena de que cada una de mis novelas crecía a partir de una idea fecunda que era poco más que una imagen*”.

Sentía que le faltaba fuerza a mi idea primigenia, bastante compleja para ser “*poco más que una imagen*”. Así que me puse en la tarea de pensar una imagen,

solo una, que fuera lo suficientemente fuerte como para darle impulso a una novela. Cuando llegó esa imagen, el proyecto cambió su curso.

No era una imagen de un futuro de ciencia ficción; era una imagen de la época de la Conquista española. ¿Cómo consolidar un proyecto de ciencia ficción con una imagen de la Conquista? Bueno, más retos. Escribir sobre una imagen, tan solo sobre una imagen, tan vieja, ya escrita en la Historia, sin hacer una novela histórica (en esto hubo siempre claridad), parecía fácil con el contraste del futuro.

Aún así, no quería ser un narrador omnisciente que narrara desde un lugar lejano la vida de los personajes y que corriera el peligro de contar una historia según sus propios puntos de vista; por eso tomé la decisión de narrar en primera persona, y elegí cuatro personajes: dos que contaran el pasado (para no tener un solo punto de vista), y dos que contaran el futuro. Esto dio la pauta de una estructura alternada, en la que se podían leer ambas líneas narrativas en paralelo.

Sea por falta de experiencia o por costumbre, no fui capaz de narrar en una voz de primera persona. Las imágenes que narraban los personajes estaban demasiado cargadas en el lenguaje como para ser una voz verosímil, y más, de cuatro personajes distintos. Fue entonces cuando decidí narrar en tercera persona, pero respetando el punto de vista de los personajes concebidos. Sería un narrador omnisciente limitado, que asumiría el punto de vista de cada uno de los personajes.

Por alguna razón inexplicable, tomé la decisión de narrar en tiempo pasado la historia del pasado y en tiempo futuro la historia del futuro. Encontrarse con aquel tiempo verbal que parece ser tan cerrado trajo consigo más de una sorpresa; una de ellas, descubrir que varios escritores han usado el tiempo futuro para contar una historia que está más allá del tiempo. Juan Gabriel Vásquez cierra así su novela *Las reputaciones*. Julio Cortázar tiene un fragmento significativo en *El perseguidor*, sustentado por la frase “esto ya lo toqué mañana”, porque, dentro de la música, el músico se salva del tiempo.

Antes de hablar más sobre el futuro; surgió otro reto, esta vez por la naturaleza del texto que estaba resultando. Era un texto al que le faltaba unidad. El hecho de tener cuatro personajes distintos, separados por tantos años (siglos), separados por dos tiempos verbales encontrados, resultaba confuso. Hacía falta algo que diera unidad a las historias, que fuera amable con quien leyera.

Debía haber algo en medio, entre las dos historias; algo que las uniera. Entonces surgió, literalmente, algo en medio. No era ni pasado ni futuro; era presente. ¿Qué podía unir esos dos tiempos? Y entonces el tiempo futuro dio la respuesta: su uso hacía consciente la presencia de quien escribía, pues era una supo-

sición, una parte de la historia que aún no había sucedido. *Aura*, de Carlos Fuentes, es un ejemplo en el que se sustenta el uso ya no por una frase, sino por una suerte de bruja que predice el futuro. Pero en esta novela no estaba la intención de predecir futuros; no era más que una posición desde un lugar, un punto de vista, que, además, y esto era tan solo una intuición, daría resolución al final de la novela.

Para hacer un breve recuento: hubo una idea vaga, hubo una imagen fuerte, y luego hubo consciencia del tiempo. Un pasado que se cuenta en tiempo pasado porque ya pasó, porque no se puede cambiar; un futuro que se cuenta en tiempo futuro y evidencia la ficción; un tiempo presente que une los dos tiempos y, de una u otra manera, les da coherencia en una estructura donde se alternaban los tiempos.

Ese era el panorama. Ese era el inicio del proyecto. Hubo entonces lecturas ajenas, y dentro de ellas hubo multiplicidad de puntos de vista. La principal incomodidad: el tiempo futuro. ¿Era una posibilidad eliminar ese tiempo verbal, hacerle caso a la pureza del sonido? Todo verbo futuro es una palabra aguda, que hace de la narración una cacofonía constante. Irá, se detendrá, seguirá, llegará, tomará, supondrá. La otra incomodidad, duda, fue si habría fuerza suficiente para contar tres líneas narrativas paralelas, con tres tiempos narrativos distintos y cuatro o cinco puntos de vista. Una de las sugerencias que recibí: “yo escribiría una sola de esas historias”.

Respecto a las tres líneas narrativas en cinco puntos de vista distintos: el espacio en que se llevó a cabo la escritura de este proyecto fue un espacio académico. Si no era ese el lugar para experimentar, ¿cuál sería? Era el momento de forzar los límites, de ponerse retos. Por lo tanto, fue un problema que decidí enfrentar, siendo consciente del peligro que eso suponía.

Respecto al tiempo futuro, me hice consciente de la cacofonía. Para ese momento llevaba cerca de veinte páginas escritas, y la repetición del acento en la última sílaba se hacía cansina, repetitiva. Para no renunciar al tiempo futuro, tuve que buscar estrategias que hicieran de la narración más amable para la lectura. Volvió *Aura*; *Aura* tenía narración en futuro a través de toda la historia, y aun así no era repetitiva. ¿Por qué? Porque *Aura* no usa el futuro en cada verbo; tan solo lo usa para las acciones del personaje. Tiene sentido. Lo que rodea al personaje está sucediendo en ese momento para él; quizá, incluso, ya ha sucedido. Es decir, el narrador cuenta la historia del personaje, pero el personaje es testigo de las cosas mientras suceden; así, el personaje verá brillar la luna mientras las nubes atraviesan el cielo. La contemporaneidad se hace importante.

Parecía, entonces, que era momento de escribir. Las cosas formales encontraron una solución, pasajera o definitiva, fuerte o débil, y era hora de avanzar en la historia, un poco caída en el olvido por causa de la forma. Ya llevaba más de un año trabajando en cuestiones de forma.

Escribir sin detenerse, avanzar dentro del terreno ya dispuesto para caminar, llegar finalmente a algún lado, y no quedarse eternamente arreglando el camino.

Del futuro no había mucho que investigar; era un enfrentamiento a la ficción. Del pasado tenía que nutrirme, siempre con la claridad de no hacer una novela histórica, y por lo tanto evitar la descripción excesiva de los personajes del pasado, la contextualización dentro de una Historia ya escrita y una sociedad definida, evitar la fidelidad con la Historia más que con la novela misma. Lo primordial eran los personajes y su relación con la historia (de la novela), con el mundo; no sus contextos o estructuras sociales. Del presente, superar el reto de narrar el pensamiento fugaz, la sensación, la intuición; darle permiso a las palabras de contar una historia sin destino.

Semanas después ya había un producto terminado. Un borrador, un esqueleto, un punto de apoyo mucho más firme para avanzar. El siguiente paso era la depuración, la edición, la corrección. Enfrentarse contra sí mismo a través de la página escrita. Enfrentar las decisiones tomadas.

Año y medio duró el proceso de encontrar la estructura y terminar el primer borrador del texto. Para cumplir con los tiempos estipulados, debía tenerlo corregido en los siguientes cuatro meses.

Lo dejé descansar unos días, lo imprimí y fui de café en café, tomando cervezas, tintos y espressos con texto en mano, un esfero azul y un esfero rojo. El esfero azul era para hacer comentarios y anotar nuevas ideas. El esfero rojo era para hacer correcciones sobre el texto, ya fueran de gramática, ortografía o estilo. Leí concienzudamente las ciento veintiséis páginas que entonces tenía el proyecto. Del esfero azul surgieron las correcciones más engorrosas.

Decidí que uno de los detonantes de la historia no debía estar allí, detonante que me obligó a reescribir bastantes párrafos. Le quité protagonismo a un par de personajes que también me obligaron a darle unidad a espacios que quedaron vacíos. Y luego de eso, el lenguaje; debía limpiar la novela de tantas palabras. Recuerdo pensar entonces que no era por nada que decían que la escritura era un ofi-

cio más que un arte. Luego de estas correcciones, hice las correcciones que exigieron los cambios. El texto se redujo a noventa páginas, es decir la versión actual.

“El antigüedad de los tiempos es cosa que faze á los hombres olvidar los fechos pasados, e por ende fué menester que fuese fallada escritura, porque lo que antes fué fecho non se olvidase, e supiesen los homes por ella las cosas que eran establecidas bien como si de nuevo fuesen fechas. E de las escrituras tanto bien viene, que en todos los tiempos tiene pro, que faze membrar lo olvidado e afirmar lo que es de nuevo fecho, e muestra carreras por dó se enderezár lo que ha de ser.”

*Compendio histórico del descubrimiento
y colonización de la Nueva Granada,
por Joaquín Acosta.*

I

Con cierto pudor rompo el silencio que antes había sobre esta página en blanco. Pido un café; me dispongo a escribir.

Al fondo se mueven las manos de los chicos conquistando a las chicas. Las manos de los meseros limpian las mesas que se acaban de desocupar. Escucho el molino mientras el olor a café se eleva.

Afuera pasa el tiempo que nunca deja de pasar. Un colibrí pica una flor que se balancea; los árboles, como ella, comunican la voluntad del viento. Las nubes pasan cubriendo y descubriendo el sol; al fondo, las montañas se revisten de una niebla densa y azulada que devela sus rayos.

Una mujer lee una historia sobre el divorcio mientras espera que su hijo salga de clases. Un hombre se toma una cerveza solo. El chico finalmente se atreve, y besa a la chica como si no hubiera nadie más en el mundo. Yo soy alguien que escribe.

El colibrí se va; no veo más que su rastro de colores y la flor meciéndose. La música en los audífonos anula el murmullo de las voces, el ruido del molino, el sonido de las teclas cuando escribo.

Pido otro café; esta vez no suena el molino. Cierro los ojos. Con las manos sobre el teclado pienso, Se descubrirá el sol. El cielo se despeja, los rayos del sol hacen de este café un lugar diferente. Abro los ojos y escribo. Ana viene con el sol.

Ana

Es de noche. El cielo está cubierto por una densa capa de nubes en la que se reflejan, uniformes, las luces artificiales de la ciudad. La brisa que entra por la ventana se dibuja en el delicado ondular de las cortinas. Sobre la montaña brilla la iglesia, coronada con una cruz de vivos colores. Ana mirará hacia arriba sin poder ver las estrellas.

Sus manos suaves sostienen una foto que parece de un pasado lejano que cualquiera pensaría, como ella, que ya no es posible revivir. Desde el día en que mataron a su madre, tiene por costumbre abrir el baúl de madera que guarda en el entrepiso, para recordarla. Observa durante unos minutos sus fotos y sus cartas, repasa su rostro y el de la abuela, sus pieles morenas, sus narices anchas y ojos negros. Detrás de una foto verá sus nombres escritos, Rosa y Raquel, Bogotá, 2015.

Raquel vivió tantas cosas, pensará Ana. Siempre se sintió extraña en Bogotá. Llegó a ella caminando con pies descalzos sobre cemento, aquel suelo tan ajeno al barro y a la tierra, al sol que pintó su piel manchada. El abuelo siempre había dicho que sentía, cada vez que tocaba su mejilla, como si acariciara un pétalo de flor de tierra fría, de páramo, donde el frío y los temporales del ambiente hacen de las hojas y de las hierbas una planta dura. A veces no basta con enterrar la uña en ellas para romperlas, pero, aun así, son las mismas hojas y los mismos pétalos de siempre, con su mismo color y belleza; se adaptan al ambiente y sobreviven.

Se esforzará en recordar el sonido del río en la finca de sus abuelos, pero las avenidas de carros que llenan la ciudad acallan sus pensamientos. El abuelo decía que el silencio era su propia negación. El canto de los grillos superaba el del toca-discos en la noche; decía que el silencio que existe en el mundo es el río y el viento, las mulas, los pájaros, las bombillas rodeadas de mosquitos.

En la ciudad no hay oscuridad ni grillos. El cielo brilla con luz artificial. Todo se ve; lo que no se ve se escucha. Seleccionará fotos y cartas. Quisiera llevarse el baúl completo, pero solo guarda algunas cosas dentro de su maleta. Empaca, también, ropa para tierra fría.

Le incomoda aquella paranoia que la invade, pero la asume y la comprende. Es imposible no sentir la persecución del Estado después de haber escuchado las historias de su abuela. No es fácil dejar el hogar, que es lo único que aún queda de su familia, pero la decisión ya está tomada. La esperan fuera de la ciudad.

Cerrará la maleta y organizará su apartamento con la incertidumbre de no saber cuándo regresará.

Como si el cielo supiera del tiempo y de los sucesos, la lluvia cobijará el sueño de Ana con un murmullo, como si fuera una canción de cuna que la cuida durante toda la noche, que la cuida como si fuera su propia madre quien le canta.

Se mirará desnuda frente al espejo antes de entrar a la ducha. Repasará los rasgos que hay de su madre en su propio rostro, en sus caderas. Le gusta ver cómo caen sus senos hacia los lados, redondos, abriendo un camino que va desde sus labios hasta su pubis. Entrará a la ducha para sentir el agua que recorre aquel camino, lavando así su cuerpo, su alma.

Hace sol. Se vestirá con un vestido blanco y peinará con calma sus cabellos. Saldrá de casa para tomarse un café con David antes del viaje. Al llegar, lo verá de sombrero y al lado de Víctor, su hijo, quien pinta abstraído un bosque en el que llueve. Víctor mirará sus ojos negros y su vestido blanco; Ana pedirá un tinto oscuro. Hoy es el gran día, le dirá a David.

Chaicu

La noche ya comenzaba. Entre los árboles, desde un espacio destapado, las fogatas zuhás exhalaban una sola nube gris que se elevaba lentamente. Soplaban un viento suave y la lluvia se presentía. La luna, llena, parecía un sol blanco en medio del anochecer. El camino desde el bareque sería fácil de recorrer bajo aquella claridad.

Chaicu miraba la luna, que se asomaba por los límites del Peñón, atravesada por las oscuras columnas de humo. Sus pies desnudos colgaban sobre el abismo. Desde allí, la tierra parecía pequeña; los árboles, arbustos. No había un lugar mejor para luchar y resistir un ataque de los zuhás. La comunidad de los simijacas también se confederaría en unas peñas como aquella, allá en su tierra, para resistir.

En ese lugar podrían proteger a sus hijos y a sus mujeres, podrían salvarse de la esclavitud impuesta, del tributo que los desangraba, del robo y el adueñamiento de sus tierras y sus espacios sagrados por parte de los zuhás. Allí tendrían oportunidad de resistir contra el filo de sus espadas y el grosor de sus armaduras.

El silencio de la noche, cuando los animales dormían y la brisa soplaban suave entre las hojas, le daba tranquilidad a Chaicu, una tranquilidad perdida el día en que los zuhás violaron a su esposa, Fitatá, y la dejaron embarazada de un niño mestizo que habían decidido criar como propio.

La lluvia comenzó a caer sobre las hojas y las piedras del Peñón cuando Chaicu bajaba hacia el bareque. Pronto comenzaría la procesión de las quinientas familias sutas, tausas y cucunubaes hacia las peñas, abandonando el bareque, para caminar hacia un futuro incierto por culpa de los zuhás.

Bajo la lluvia hicieron los preparativos. Tensaron la cuerda de los arcos, envenenaron la punta de las flechas, tallaron sus lanzas y macanas, hicieron una tula con la fruta y la cosecha que pudieran llevar. Agua fue lo único por lo que no se preocuparon; el río atravesaba el Peñón. Solo tendrían que caminar unos metros, poner sus rodillas en el suelo, bajar los brazos con las manos como un cuenco, meterlas en el río y subirlas a sus labios.

La lluvia caía insistente sobre los techos de hojas secas; a medida que desocupaban sus casas, estas sonaban más vacías. Las madres reunían las ropas y los hombres, y a su vez todos se reunían alrededor de ellas mientras decían palabras

de despedida. El olor a tierra mojada se elevaba a causa de la lluvia que penetraba en la tierra, como el sudor de un cuerpo desnudo eleva el perfume de la persona, y el repiquetear de las gotas sobre las hojas del bareque acallaba el canto de los pájaros; no se oían los gritos de los monos que aullaban más allá del río.

Las mujeres hablaban entre ellas; discutían la decisión de los hombres de abandonar el bareque. Hablaban también explicándole a los hijos que se iban, que no sabían si volverían; que llevaran sus palos para jugar, que ayudaran cargando las piedras de cocinar, las ollas de barro, todo cuanto pudieran, porque se estaban llevando el hogar, y el hogar pesa más que todo lo que contiene.

Eran cinco mil indígenas entre niños, niñas, hombres y mujeres. Todos cargaban su ración de cosecha y sus cobijas a cuestas. Llevaban utensilios y armas, palos para el fuego y la guerra, para el calor y el combate, para la reunión y el enfrentamiento, para el juego de los niños.

Y al lado de un mismo árbol pasaron cinco mil indígenas descalzos. Al lado de una hoja seca, al lado de una piedra. Al lado de un caracol que llevaba el mismo destino que ellos pasaron diez mil pies cargando su vida por última vez.

Víctor

Si la montaña pudiera ver, vería una Bogotá brillante y crecida, llena de edificios altos. A través de una ventana podría ver una mujer desnuda que mira las fotos que saca del baúl. En otra, un televisor encendido y un hombre que lo mira; un pequeño niño duerme en sus piernas.

Las luces están apagadas para que Víctor no se despierte. Un mudo Correcaminos huye del Coyote tan rápido que no se ven sus pies. El Coyote, agotado, sube a una montaña y empuja una piedra al borde del precipicio. Cuando ve la nube de arena acercándose, arroja la piedra, pero no se da cuenta de que el Correcaminos ha atado uno de sus pies a la piedra. Cae y, abajo, se eleva una pequeña polvareda que se disipa.

David, con cuidado, quitará la cabeza de Víctor de sus piernas y la pondrá sobre un cojín. Traerá de su alcoba una cobija para arroparlo. Dejará el televisor encendido, porque sabe que si lo apaga, su hijo despertará.

Irá a la cocina por un vaso de agua. Por la ventana se ven los cerros y un cielo amarillo por la luz de la ciudad. Beberá; el agua tocará sus labios primero que todo, entrará precipitada a su boca y la recorrerá como si hubiera llegado a tierra seca. Recordará entonces a su esposa. Pasará entre sus dientes y mojará su paladar y sus encías. Cuando abra la garganta, la humedad recorrerá su tráquea y sentirá el frío que baja hacia su estómago; sentirá como si el agua se expandiera por su cuerpo mojóndolo todo, bañándolo, ayudándole a tragar el recuerdo, a calmar la sequía de su carne, de su alma.

Víctor despertará solo en el sofá de su sala. Se levantará buscando a su padre, pero no lo encuentra. Sentirá, con aquella inocencia infantil, una leve angustia de no encontrar a David en casa, pero su mente aún está entre el sueño y la vigilia. Se recostará de nuevo en el sofá y pondrá a reproducir las grabaciones que su padre tiene del Coyote y el Correcaminos.

Entrará David, quitándose el sombrero y el abrigo. La lluvia de la noche hace en Bogotá una mañana fría. Dejará sobre la mesa una bolsa de huevos y pondrá a calentar leche para el desayuno. Víctor irá corriendo a la ducha; sabe que pronto estarán los pancakes que tanto le gustan. Se enjabonará rápido, sin mucho cuidado, y escurrirá la espuma restante de su cuerpo. Se vestirá con la ropa que David ya ha alistado sobre su cama e irá corriendo a la mesa, donde lo espera un desayu-

no con fresas, miel y chocolate caliente. Desayunarán juntos, como cada mañana antes de ir al trabajo o al colegio.

¿Tienes lista la maleta?, le preguntará David. Víctor le dirá que, además de la ropa que ya estaba empacada, también guardó sus lápices de colores y muchas hojas para dibujar. Quiere dibujarse en la montaña de la que tanto le ha hablado su padre. Se pondrá de pie y guardará en su maleta la grabación del Coyote y el Correcaminos.

Irán al parque, pues todavía no es hora de su cita con Ana. Víctor se montará en el carrusel, saltará de llanta en llanta en la arenera y se sentará en el pasto a mirar un caracol que se desliza lentamente hacia un árbol. Lo tocará; le gusta ver cómo esconde sus ojos y se oculta en la concha que lleva encima. Cuando el caracol llega al árbol, David llama a Víctor. Ya es hora de irse.

Llegarán al café; pedirán un tinto y una malteada. Víctor sacará de su maleta los colores y las hojas para dibujar. Dibujará un bosque en el que llueve, mientras piensa que le gustaría saber dibujar sonidos. Podría dibujar los truenos y la lluvia, el rugido del jaguar con el que soñó la noche anterior. Se sabría que en su dibujo hay pasos que no se ven, y que parecen estar corriendo hacia el río.

Ana llegará; Víctor, al mirarla, pensará que, si los sonidos se pudieran dibujar, Ana sonaría como el agua, que su piel y sus ojos sonarían como la tierra, aunque no sepa cómo suena la tierra. No importa. Quiere dibujar el río y la tierra que suenan en Ana. Así sonaría el bosque de su dibujo.

Panichota

La lluvia no cesaba. El reflejo de la luna brillaba agitado sobre la superficie del río, que corría como si llevara toda el agua de los tiempos en su cauce. El suelo se convertía en barro y la maleza se hacía más densa. Las fogatas zuhás se apagaban, expuestas a la lluvia. Las gruesas hojas de los árboles ya no resistían el peso de la noche convertida en gruesas gotas de agua. Bajo el cuerpo de Chirica, se hacía una mezcla indisoluble de tierra, sangre y lluvia; los pies descalzos de Panichota no se detenían.

Lo estaban siguiendo desde que había dejado el campamento zuhá. Los truenos no dejaban al viento escuchar el ladrido de los perros. La imagen de Chirica acuchillado se aferraba al recuerdo de Panichota; sentía miedo. No creía ser capaz de detenerse. Al respirar sentía el olfato de los perros sobre sus oídos; las ramas eran como sus colmillos atravesándole la piel. Temió que los zuhás descubrieran antes de tiempo el desplazamiento hacia el Peñón, así que decidió correr río abajo, en dirección contraria a las quinientas familias.

Saltó, zambulléndose, y cruzó a nado. Los perros lo perseguían sin saber que la sangre de Chirica atraería a los jaguares. Panichota observaba desde el otro lado del río cuando se oyó el primer rugido. No se oían sus pasos. Los perros saltaron también al río, sin resistir la corriente embravecida. El jaguar saltó tras uno de ellos, y nadó hasta alcanzar su nuca. Panichota deseó ser aquel jaguar con un zuhá entre sus dientes, recordando las mujeres violadas y los niños hechos esclavos. Pero se paró para correr de nuevo, esta vez hacia el Peñón. Ya había perdido a los zuhás que lo seguían. Los perros no habían logrado atravesar el río.

Subió por el delgado sendero que delineaba el derredor de la montaña. Entre las familias que aún se acomodaban buscó la suya, su hogar; necesitaba el refugio de aquel abrazo y el pecho de su esposa.

Al amanecer, el sol se coló entre las grietas y las hojas que nacían de la roca del Peñón, que ahora resguardaba también a las quinientas familias. Los hombres caminaron hacia el abismo para mirar al horizonte con el sol a sus espaldas. Las mujeres bajaron con los niños hacia el río. Al llegar, se desnudaron y entraron, y lavaron a sus hijos para que pudieran acompañar a sus padres mirando el horizonte.

Las mujeres se quedaron solas, dibujando un solo cuerpo a lo largo del río. El murmullo de sus conversaciones se confundía con el del río. Cayó una suave lloviz-

na que, sin pudor ni pena, recorrió sus cuerpos desnudos. Se lavaban unas a otras como si entre todas pudieran lavar la soledad y el miedo enjuagando el sudor de sus pieles.

Cuando Panichota despertó, todo estaba en calma. Los abuelos hablaban alrededor de las fogatas y los nietos escuchaban. Las mujeres llegaban poco a poco del río; los hombres, cubiertos de sudor, barro y cansancio, bajaban a lavarse.

Panichota caminó río abajo; necesitaba soledad. Se sentó bajo una pequeña cascada entre las rocas, sintiendo cómo el agua golpeaba con fuerza su espalda. Era una fuerza constante que masajeaba su espalda al caer. Cerró los ojos, respiró profundo, y comenzó a escuchar el río que caía sobre las rocas, el agua que caía sobre su cabeza y espalda, el aletear de los pájaros y su canto, las hojas de los árboles, el crujir de las ramas, el viento.

Entonces cubrió sus oídos y tan solo quedó el sonido del agua, que caía sobre su cuerpo, y su respiración. El tiempo pareció detenerse a medida que el agua recorría su cuerpo, sonando como si estuviera dentro de una cueva, como si tan solo quedara el agua en el mundo.

No supo en qué momento descubrió sus ojos y sus oídos, y cada cosa recuperó de nuevo su sonido.

II

Siempre quise ser un director de orquesta. Levantar la batuta para que los vientos soplen y las cuerdas comiencen a vibrar, para que la percusión resuene en el pecho de cada persona. Quizá ese sea, de cierta manera, el oficio de escribir.

Así como el director de orquesta, hay que permitir que la historia hable por sí misma. Pero soy alguien que escribe, y la historia no es una partitura escrita. Quizá ya esté el pentagrama, pero debo poner las notas.

Son quinientas familias las que se suicidaron en el Peñón de Sutatausa. Es más común de lo que parece; el suicidio era, y sigue siendo, una salida digna frente a la desesperación.

Hace años conocí el Peñón. Caminaba, miraba las pinturas rupestres sobre las rocas, disfrutaba el paisaje. Después supe que había caminado por un lugar en el que se habían suicidado cinco mil indígenas. No acerté a entender cómo era posible que hubiera recorrido esos caminos sin saber que sobre mí caían los cuerpos, que a cada paso recorría el mismo camino que recorrieron las quinientas familias antes de morir.

Ahora, sentado de nuevo en este Café con olor a café, con paredes cafés, con mesas cafés, me pregunto si el tiempo es inamovible. Lo podemos olvidar, o recordarlo y reconocerlo. Podemos entenderlo como parte de nuestra historia, y no como algo que ya pasó.

Soy alguien que escribe. Esta historia del Peñón es mi pentagrama.

Ana

David posará su mano sobre el brazo de Ana. Ya es hora de irse. Tomarán la carretera Cuarta hacia sus apartamentos para recoger los equipajes. Las casas de colores enmarcan su camino por aquel barrio colonial. Parecen estar inmersos en el pasado entre aquellas casas, o quizá son las casas las que están en el futuro en que David y Ana caminan con Víctor en brazos.

Entrarán a casa de Ana. David y Víctor se sentarán en la sala; Ana mirará la calle con ambas manos sobre el alféizar de la ventana. Se adivinan las nubes arrasándose por el cielo y dándole paso al sol que enseguida alumbra la montaña. De espaldas a la sala, Ana se ve límpida, como si estuviera lista y dispuesta a lo que haya de venir.

Su apellido, Fitatá, viene de mucho antes. Viene de una mujer violada por los españoles en la época de la conquista y del niño que quedó de aquel dolor. Ella no lo sabe, pero lo sabe su cuerpo, aunque no haya comprendido aquella incomodidad en el fondo de su alma.

Girará entonces sobre sus pies; el sol queda a sus espaldas y poco a poco es cubierto por una nube que le da de nuevo a la ciudad su monótono gris. Es aquella incomodidad lo que la incita a irse de Bogotá. David, sentado y mirándola desde el sofá, le preguntará, ¿Todo está listo allá? Sí. Ya alistaron la cabaña para nosotros tres. David bajará la voz. ¿Cuántos son ya? En aquella montaña, seremos cerca de quinientos. Pronto planean entrar a Bogotá. Estaremos más seguros quedándonos allá. Cuando entren, Bogotá ya no será un lugar seguro.

Ana revisará que los grifos estén cerrados, cerrará los pasos del gas, las ventanas, las cortinas. Todo quedará en orden.

¿Tú crees que por fin sucederá algo en este país? Ana guardará silencio, y, en el estuche, el violonchelo con el que Víctor ha estado jugando. Estoy lista. David entonces llamará a Víctor; deben recoger sus maletas. Al salir, Ana se cuidará de dejar bien cerrado su apartamento, como quien cierra cuidadosamente una caja sabiendo que luego de mucho tiempo la volverá a abrir.

David tomará su mano; Ana la recibirá con cariño entre sus dedos. Mirará hacia atrás; Víctor camina con la maleta a sus espaldas y mira hacia el suelo.

A Ana nunca le gustó entrar al apartamento de David. Por eso los espera abajo. Quisiera fumar porque siente ansiedad de aquella espera antes de dejar la ciu-

dad. La espera en la calle se convierte siempre en hombres que la miran, en mujeres que van de traje a sus oficinas, en policías que la miran de arriba abajo, y en esta ocasión su equipaje: afortunadamente no se acercan a preguntarle adónde va.

David y Víctor bajarán cargando su equipaje. ¿Entraste al baño?, le preguntará Ana a Víctor. Sí. Entonces estamos listos para irnos. Bajarán al parque, y mientras Víctor busca su caracol, David y Ana se sentarán en una de las banquitas del parque, mirando hacia el occidente de Bogotá. Desde allí se alcanza a ver el cielo rojo que va pasando a ser azul, y las nubes que flotan, blancas, sobre la capa gris de esmog de la ciudad. Ana tomará la mano de David y la pondrá entre sus muslos.

¿Tienes miedo?, le preguntará David. No sé. Hace tiempo que quiero irme de Bogotá. Quiero volver al campo, a la tierra de mi abuela, ya que ella no pudo. Esta no es mi ciudad.

David sonreirá ante las palabras de Ana y mirará aquel horizonte gris que es la ciudad. Víctor llegará de su búsqueda. Bajarán a tomar el bus que los aleja del centro de Bogotá.

Chaicu

El mensajero vio cómo se sentaban a su alrededor. No era difícil que cinco mil personas escucharan una sola voz; el viento y la lluvia ayudaron con su calma, atentos también al mensaje que iba a dar la voz del hombre que aún guardaba silencio. Llevaban varios días esperándolo en el Peñón, y estaban ansiosos por las noticias que pudieran llegar de las tierras lejanas. Los zuhás ya sabían que las comunidades se resguardaban en las montañas para resistir.

Del pueblo de los simijacas llegaban noticias en voz del mensajero; Allá también están ya en la montaña, pero los zuhás comienzan a inquietarse por nuestro encierro en estas peñas. Ahora tienen más tropas; se están preparando para la guerra.

Chaicu, que escuchaba con atención, se puso de pie. Caminó hasta el borde del Peñón y miró la tierra que se extendía. Del campamento zuhá, ahora más grande, se elevaban las humaredas de siempre. Había más árboles en el suelo, más tiendas de campaña. Quizá era verdad que se acercaba la guerra.

La voz de una mujer hizo que Chaicu girara sintiendo una presión en el pecho. Era una voz profunda, que parecía hablar desde el fondo de la tierra y del alma misma. Ya no queremos entregar más hijos; desde que llegaron los zuhás a estas tierras nuestras ha cambiado nuestra vida; el bosque se está enfermando. Yo perdí a mi hija por la picada de una serpiente enferma; la tierra se está enfermando. Y allá en el campamento de los zuhás mataron a otro hijo nuestro.

Todo sentían aquel dolor como propio, y todos estaban dispuestos a luchar. En ese momento fueron uno solo, porque el dolor hace hermanas las almas, y fueron más que la misma muerte, escapando del tiempo y ubicándose por encima de la Historia.

Chaicu se sentó frente a la fogata de Fitatá, su esposa. Todos comieron del bagre que había sido pescado en la mañana por los niños. Alrededor de la fogata se extendían manos de todas las formas y tamaños; estaban las manos arrugadas que movían los viejos para ilustrar sus historias; las manos lisas y pequeñas de los niños que tejían sus collares; las manos regordetas que se agarraban del cabello y los senos de las madres; las manos duras y heridas de los cazadores; las manos como flor de tierra fría, que durante años se habían encargado de recoger el fruto y la cosecha. Todas las manos, sucias de bagre, iban y venían de la boca al pescado. Todas las manos atentas de las manos arrugadas, todas cuidando los pequeños de-

dos que jugueteaban con los pezones que escurrían leche. Todas las manos, el mundo.

El sol se posó sobre ellas; después, la luna. Los cuatro guardias a la entrada del Peñón pasaron la noche en vela, armados de macanas y grandes piedras. Esa noche, los zuhás hicieron su primera misión de reconocimiento. Cuando la luna alumbraba los ojos de Chaicu, despertándolo de un sueño leve, un zuhá resbaló por el camino que subía a la entrada del Peñón. Los cuatro guardias se pusieron de pie y vieron a los zuhás que se acercaban. Sus gritos despertaron a las quinientas familias. Algunos corrieron al abismo para arrojarles piedras desde la altura. No todos vieron cómo las piedras caían sobre ellos, haciéndolos desbarrancar por la pared de la montaña.

Las familias quedaron a la expectativa, pero ya no quedaba más que el brillo de la luna sobre los cuerpos a la falda de la montaña. Se los llevarían los animales carroñeros y dejarían sus armaduras vacías sobre la maleza. El río y el aire sonaban con su silencio.

Chaicu partió hacia el bareque poco antes de que el sol se asomara. Llevaba arco y flechas, pero iba con sigilo. A lo lejos se escuchaba la caída de los árboles por los hachazos que les daban los zuhás. Poco a poco se fue alejando del Peñón, atravesando el río que bajaba entre las rocas. Llegó al bareque con el rocío de la mañana.

Los animales rondaban entre las casas en busca de comida abandonada. Chaicu entró a varias; tan solo encontró algunas cosas que habían tenido que dejar debido a la prisa que llevaban. Encontró estiércol, orines, plumas e incluso algunos huevos en las telas que servían ahora de nido para las aves. Los animales habían reclamado su derecho al territorio y se habían tomado ahora cada casa, cada espacio.

Las pisadas que habían dejado las armaduras eran inconfundibles. Los marcados huecos sobre la tierra húmeda, las plantas rotas por sus espadas, las huellas de sus perros. Quiso salir pronto, abandonar aquel lugar ahora tan vacío de murmullos, tan vacío de música sin ellos. Recogió los huevos que encontró, recogió algunas telas para el frío, flautas y tambores de madera, leña para el fuego.

Todo lo fue dejando sobre una tela ancha en el centro del bareque, y cuando hubo terminado envolvió su zurrón para cargárselo a la espalda. Se fue desvaneciendo entre la sombra de los árboles sin mirar atrás. Al llegar al río, se detuvo y descargó la tula sobre la tierra para tomar fuerzas. Se ayudó de algunos palos para

hacer flotar la bolsa y atravesar el río. Al llegar al Peñón, los guardas recibieron la tula y la llevaron a la gente.

Víctor

Se pondrá de pie con el dibujo entre sus manos. Está tan concentrado en su dibujo de la selva, que los edificios y las casas lo incomodan. Recuerda entonces el parque y el caracol. Preguntará por él a su padre; quiere recogerlo y llevárselo con él de viaje. David le dirá que es mejor dejarlo en casa, en su propia casa, el parque.

Al entrar al apartamento de Ana, seguirá el ejemplo de David y se sentará en el sofá de la sala. Verá cómo Ana va hasta la ventana y mira hacia fuera. Imaginará de qué color pintaría el cielo: el amarillo oscuro de sus pasteles y un azul cubierto por trazos grises. Ellos, los adultos, hablan, pero Víctor no le presta atención a lo que dicen. Subirá al entresuelo y mirará las fotos dentro del baúl. Jugará con las cuerdas de aquel instrumento de madera, hasta que Ana lo empaca y salen para recoger su propio equipaje.

Sabe que van a una montaña. Pensará en sus hojas en blanco sobre una mesa, mirando aquella imponente montaña que ya su padre le ha mostrado en fotos. Se imagina en la cima, jugando en el bosque, mojándose en el agua del río. No dejará de pensar en eso al salir de casa hasta que, ya con el equipaje a la espalda, recuerda al caracol. David y Ana lo acompañarán al parque.

Víctor lo buscará cerca de donde lo dejó. El pasto está desierto y no hay rastros brillantes que Víctor pueda ver. Buscará en los árboles, y bajo la raíz de uno de ellos encontrará un grupo de caracoles; dos como el que había dejado y dos pequeños, muy pequeños. Quería llevarlo, pero la familia bajo aquella rama, su unión, su belleza, lo hacen desistir. No es capaz siquiera de jugar a picarle los ojos para que los enrollen cuidadosa, lentamente hacia dentro.

Bajarán entonces, sin caracol, a tomar el bus hacia Tausa, al norte de Bogotá. Víctor pedirá el puesto de la ventana para poder mirar los paisajes. Verá cómo Ana se mira en el espejo. En el reflejo puede ver su cuello y su hombro descubierto. Luego verá que un punto de luz se mueve con el espejo; se lo pedirá a Ana para jugar. Poco a poco el paisaje cambia: los edificios del centro son reemplazados por los grandes hoteles del norte. Las montañas se ven cada vez menos, hasta que salen de Bogotá. En el peaje, David y Ana entregan sus papeles a un hombre de camuflado que los mira inquisitiva. Víctor mirará así al uniformado, imitándolo. Después de Cajicá, Víctor se quedará dormido sobre el brazo de Ana, quien intenta no moverse para no despertarlo.

Sonará con el Peñón. Con sus piedras y su gran altura, con el río que suena a lo lejos. Sueña un olor a pescado mezclado con leña y brisa húmeda. Está descalzo. Siente hambre. Siente frío. Lleva poca ropa. Se pone de pie, feliz de mirar hacia aquel largo horizonte. Mira hacia abajo. Siente vértigo. Se aleja del abismo y baja de la montaña hacia el incesante murmullo del río. Baja con él y recorre el horizonte ya visto. Hay otra montaña: sube, atravesando un bosque que desaparece a su paso. Mira hacia el suelo. Bajo sus pies se destapa una carretera de tierra. Escucha carros, pitos, el viento abriéndose en dos. La vegetación cambia; detrás del Peñón, lejos, puede ver torres de ladrillo que se alzan de la tierra. Los árboles que eran selva son ahora pinos, la maleza es un suelo seco y sin vida. Delante de él pasa un camión a gran velocidad; bajo sus llantas hay una carretera pavimentada.

Lo despertará la voz de David. El bus está detenido frente a una casa de aluminio y un camino de tierra. Al fondo, tras los pinos, el Peñón de Sutatausa sobresale de la tierra. Las torres de ladrillos están ahí, entre los árboles. ¿Para qué son esas torres de ladrillo?, le preguntará Víctor a su padre. Son minas de carbón abandonadas.

Bajarán por la carretera de tierra; a medida que avanzan, el Peñón crece, cada vez se hace más alto. Llegarán a la cabaña; allí un hombre los espera. Hay tres perros que, al ver a Ana, baten sus colas. Saltan sobre ella, para después saciar su curiosidad olfateando a Víctor. Se reirá con aquella risa pura e inocente cuando sienta las lenguas de los perros humedeciendo su rostro. Entrarán; Carlos, el hombre que cuida a casa, los recibe con almojábana y agua de panela. Víctor jugará con los perros hasta que Carlos se pone una ruana y se despide; los perros se van con él.

Víctor se sentará frente al Peñón con su bloc de dibujo, observándolo como si lo observara desde el espacio. Sobre el Peñón dibujará a un hombre que se asoma al vacío.

Panichota

Sus manos eran ásperas como las almohadillas de los jaguares. Estaban llenas de astillas que se quitaba sin dolor. Veinte lanzas recién talladas descansaban al lado del río; una cuerda las reunía para poder cargarlas con facilidad hasta la cima.

Sentía un aire enrarecido por los desperdicios del carbón que los zuhás usaban para sus comidas, y que se elevaba frente al Peñón. Tomó una de las lanzas y se cargó las demás al hombro para llevarlas hasta la cima. Repartió las lanzas entre los hombres, para después sentarse a comer el bagre que su esposa le guardaba caliente sobre una piedra en la hoguera. Quitó primero el cuero del pescado y lo separó en dos para quitar con un solo movimiento toda la columna de espinas. Sus manos eran ágiles a pesar de su grosor y tamaño.

Al terminar de comer, se puso de pie y caminó hacia el abismo. A lo lejos, más allá del campamento zuhá, creyó ver una luz brillante que se movía a través del bosque. Tomó una de las lanzas y bajó de nuevo la montaña, dejando atrás el olor a pescado y el ambiente somnoliento que siempre venía después de comer a la luz del sol y el murmullo del río. Bajó de la montaña por una pendiente inclinada que se alejaba hacia el atardecer. Iba con cautela, siempre lanza en mano.

Caminó cerca de una hora, descalzo, acercándose al lugar en el que había visto aquella luz, parecida al reflejo del sol en el río. Llegó a un claro entre los árboles. La ausencia de raíces hacía del suelo un terreno blando en el que sintió sus pies hundirse. Frente a él se hacía un camino que no había visto antes.

A medida que recorría aquella trocha, pudo sentir un sueño distinto bajo sus pies. Un extraño ruido le hizo sentir temor de seguir adelante. Entre los árboles, creyó ver una casa que brillaba. Un ruido ensordecedor sonó a sus espaldas; reaccionó arrojando su lanza entre los árboles, pero no había nada allí. Al voltear, la casa ya no estaba. Buscó su lanza entre la maleza; tras encontrarla, decidió volver al Peñón.

Desanduvo el camino de tierra para adentrarse de nuevo en el bosque. Cuando ya divisaba el sendero que subía a la cima, escuchó entre los árboles el aullido de un perro. Sabía que los perros eran los animales de caza de los zuhás, pero se acercó. Podía sentir el dolor en aquel lamento. Entre la maleza encontró una perra con el vientre herido; reconoció el zarpazo de un oso. Al acercarse, la perra gruñó y mostró sus dientes; Panichota no reparó en eso. Sin fuerzas, la perra guardó silencio y se tumbó de nuevo sobre la maleza. Panichota dejó a un lado su lanza y alzó a

la perra con cuidado entre sus brazos. Ante el dolor, ella mordió los brazos que la cargaban, pero no fue un ataque, no fue más que un quejido ante la imposibilidad de gritar. Enseguida lo lamió con ansiedad para luego lamer su propio estómago desgarrado.

Los guardias lo enfrentaron; ¿cómo traía un perro al sitio en que se resguardaban de sus cazas y persecuciones, como si fueran presas, carnadas? Panichota no respondió y se abrió camino entre ellos. Lo amenazaron con sus lanzas, pero avanzó hasta que no tuvieron más remedio que bajarlas. Entró al Peñón con la perra entre sus brazos.

La recostó en uno de los huecos de la montaña y le pidió a su hijo agua. Como los guardias, rechistó y se negó a ayudar a la perra. ¿Vas a cuidar a los animales que usan para cazarnos?, le dijo. Su padre se puso de pie y le respondió, firme, Trae agua. Tú mismo limpiarás sus heridas.

La perra sintió el agua con hierbas resbalar entre las heridas descubiertas; no se quejó. Tan solo lamía su piel desgarrada, para lamer luego las manos que la limpiaban. El hijo de Panichota no supo cómo reaccionar ante aquel gesto de agradecimiento. Tan solo la miraba, mientras ella cerraba los ojos y agachaba sus orejas.

Panichota miraba la silueta de su hijo contra la luna, cuando escuchó el ruido metálico de las armaduras. Se puso de pie y miró hacia los guardias; los vio con sus lanzas en alto. Corrió hasta llegar al borde de la montaña. Vio cuatro zuhás caminando hacia la entrada; caminaban lento entre el musgo y la maleza. Panichota agarró una roca y, con un grito, la arrojó hacia los cuatro cuerpos. Los demás siguieron su ejemplo. La lluvia de rocas hizo desbarrancar a los zuhás por el precipicio. Algunas voces de júbilo se elevaron, pero dentro de ellas estaba también el miedo que los albergaba.

Al amanecer, Panichota bajó a buscar los cuerpos. Sus rostros estaban amarratados y sus extremidades rotas por la caída. Recogió las armas; las miró, apreciando el brillo opaco de sus metales y la sangre que los cubría. Se alejó para esconder las armas entre unas rocas a la entrada del Peñón y seguir camino al campamento zuhá.

Iba solo. Recordó a Chirica y sintió miedo, por lo que guardó prudente distancia. Escondido entre los árboles, pudo ver cómo había crecido el campamento; había más soldados, más fogatas y carpas. Algunos estaban desnudos. Se podían ver

sus armaduras sobre el suelo. Las banderas bailaban con el viento. Pudo ver también cruces, preguntándose, ¿Qué tipo de armas serán esas? Rodeó el campamento. Vio perros que comían carne cruda y roían huesos sucios. Pensó de nuevo en Chirica. Vio telas y frazadas del bareque tiradas en el suelo.

Volvió para dar la noticia: el campamento cada vez era más grande. Recogió las espadas escondidas y subió al Peñón. Comunicó lo que había visto, les mostró las espadas. Las noticias no eran buenas. La perra, atenta de aquella lengua desconocida y con el vientre recién cocido, giraba la cabeza y escuchaba, aunque sin entender más que el miedo que embargaba todos aquellos corazones.

III

El cielo de Bogotá se colorea de un azul tan frío como la lluvia que la baña. Las montañas se cubren de niebla y se hacen silueta en el horizonte. El asfalto, húmedo, adquiere un olor particular. El único intento de calidez en la calle son las luces amarillas de los postes, que contrastan con el gris del cielo y los edificios. Si esto no sucediera con frecuencia en Bogotá, diría que la ciudad respira un aire nuevo cuando llueve.

Bajo la lluvia también la gente se hace silueta con sombrilla, que corre buscando escampadero o se guarece en la parada del bus, sabiendo que vendrá con los vidrios empañados y emanando aquel denso vaho por las ventanas. Durante la lluvia, la ciudad tiene un ritmo distinto. Quienes están en casa, se alegran del calor. Quienes acaban de llegar a ella, toman el pocillo caliente entre sus manos, casi en posición fetal. Quienes están fuera tan solo se preocupan por no mojarse. Quienes se mojan, corren o disfrutan de la lluvia que no podría mojarlos más de lo que ya están. Somos un engranaje bajo la lluvia, que sigue funcionando a pesar del óxido al que nos somete el tiempo.

Yo llego de la lluvia a la escritura como si esa fuera mi taza de chocolate caliente, porque es el sitio en que me pregunto por la vida, por mi responsabilidad como sobreviviente, y busco algún antídoto contra ese terrible Auschwitz que nos llena de óxido, que nos roba la memoria y nos deja el olvido.

¿Quién construye las ciudades que serán después nuestros hogares? Es bien sabido que la Historia fue escrita por los vencedores. La memoria que nos queda es la memoria de los victimarios. ¿Y los derrotados, no son parte también de esa historia? ¿La derrota quiere decir olvido? Si es así, yo quisiera encontrar el olvido que corroa la victoria de quienes nos condenaron a este engranaje oxi-

dado y nos dé un nuevo brillo. Quisiera tener la oportunidad de construir la ciudad que será mi hogar.

Ana

Cuidará del sueño de Víctor mientras mira por la ventana. Acariciará su cabello como si lo hicieran las manos de David. El camino sube mientras el paisaje cambia. El clima se hace más frío y oscuro. Parece anunciar lluvia, pero no es más que la altura. Ana verá un pico que se asoma entre la vegetación; el bus baja de nuevo y el Peñón emerge del paisaje. El bus se detiene frente a una casa de zinc. Allí se bajarán para ir hacia la cabaña por el camino de tierra.

Abajo, la cabaña los espera. A la entrada están recostados dos perros que los miran caminar. Ana los llamará. Subirán sus orejas y se levantarán para saludarla. Carlos, el hombre que cuida los perros y la cabaña, saldrá a saludarlos en ruana. Ana mirará entonces aquel cuadro de perros, hombre, casa y montaña que tanto le hacía falta. Saludará a Carlos y a los perros.

Dentro hay agua de panela con queso y almojábana hecha en horno de leña. Hay cobijas de lana y, en el centro de la sala, un calentador. Con el atardecer, Carlos se irá a su casa. Los perros se irán con él; es quien los cuida cuando Ana no está. Ella se enrollará en una cobija y mirará por la ventana. Varios picos se forman a lo largo de la montaña. El que tiene enfrente, el más cercano, llama su atención, la abstrae de sus propios pensamientos. Es por eso que en Bogotá eligió aquel apartamento; creyó que Monserrate le daría la misma sensación de belleza y olvido de sí misma, pero ahora sabe que es solo allí donde puede sentir que está en su verdadero hogar.

David prenderá el calentador de leña, que llena de calidez ese hogar de madera y latas, y los tres se juntarán a su alrededor para calentarse también con la cercanía y la palabra. Víctor saldrá a jugar; las conversaciones de los adultos le aburren. Ellos guardarán silencio escuchando el sonido de la leña al fuego.

Al volver, Víctor se quedará dormido entre los brazos de su padre. Ana recordará entonces en qué consiste el calor de una familia, aunque ha aprendido a vivir sola. Se quedará despierta, mirando cómo Víctor y David duermen abrazados. Ana recorrerá la vieja casa y saldrá a caminar bajo la luna. Se acercará a las vacas, sentirá el suelo de tierra bajo sus pies. A pesar del frío, sentirá el calor del hogar. Antes de entrar a la cabaña, le parecerá ver luces en lo alto del Peñón, luces distintas a la luz de las estrellas y la luna.

Dentro el piso es de madera. Una hamaca cuelga al lado del horno calentador. Sentirá que está dentro de una casa del pasado; por eso le incomoda su vestido

blanco, sus baletas. Se cambiará de ropa, poniéndose la pijama, y deshará la trenza de su cabello.

Escuchará a los perros, así que caminará afuera. Carlos viene con dos hombres. Los perros los acompañan. Buenas noches, dirá uno de los hombres. Ana les pedirá que guarden silencio; en la cabaña duermen. Permisito, misiá Ana, dirá Carlos. Entrará para sacar algunas latas de conservas. Uno de los hombres acomodará la correa de su fusil para cargar las latas. Vamos, no molestemos más a la señora. Carlos cerrará con cuidado la alacena y le pedirá disculpas. Mañana saco todo esto de acá y me lo llevo. Hasta mañana, misiá. Que descanse.

Ana verá cómo se alejan en dirección a las minas abandonadas. Sus ropas están llenas de hollín y sus rostros están sucios. Caminan con un par de linternas. Ana sabe, según le ha contado Carlos, que ya pronto se irán de Sutatausa. Quieren entrar a Bogotá por los cerros orientales y bajar para tomarse la casa presidencial. Sabe también que los servicios de inteligencia están ya tras su pista.

Mirará hacia el Peñón antes de entrar a dormir. No sabe si logrará conciliar el sueño con la vigilia, pues son demasiadas las cosas que pasan por su cabeza. Mirará a David y se acostará a su espalda, abrazándolo. Y entonces el sueño llenará sus ojos como lo harían las lágrimas en la tristeza, sus párpados cederán a su propio peso y su cuerpo se hará más liviano y las cobijas de lana más pesadas. El silencio llenará su mente y sus oídos, el olor a leña y a noche se abrirán paso por su nariz. Se quedará dormida, se olvidará del mundo y soñará cosas que no recordará al amanecer.

Chaicu

La muerte no era desconocida para ellos. Ni la muerte ni la sangre ni la batalla. No era eso lo que temían. Ellos también habían matado, ellos también habían descubierto la carne viva bajo las pieles. Pero esta guerra era nueva. Esta guerra era contra la esclavitud y el exterminio, era contra la violación a sus tierras sagradas. Estas no son sus tierras, pensaba Chaicu, son nuestras tierras y ellos vinieron de algún lugar a matarnos para quedarse con todo. Y más; nos engañaron, obligándonos a pagarles tributo, se llevan a nuestras mujeres y nos ofrecen la paz si nos rendimos antes sus pies, si trabajamos para ellos, si les damos nuestra comida. Pero sea lo que sea, nos matan y se llevan a las mujeres y las violan y se comen nuestro maíz y nos obligan a racionar aquello que antes solo racionaba la tierra.

Chaicu miraba a su hijo, aquel que era concebido por su esposa pero no por él mismo. Lo miraba y recordaba cuánto había sido difícil poder mirarlo como a uno de los suyos y no como el resultado de una violación. Miró de nuevo el campamento de los zuhás, que crecía cada vez más a unos quilómetros del Peñón. Las columnas de humo subían al cielo que los cubría a todos, que le daba luz a todo el que la quisiera, a todo el que no se ocultara de ella; el mismo cielo que les traía la lluvia y con ella la vida de las semillas y de los ríos y de los peces.

Sin que Chaicu se diera cuenta, su hijo se escondió detrás de él en los huecos que le ofrecía la montaña de rocas, y entre pared y pared caminaba con sigilo y jugaba a ser jaguar y a cazar a su padre inmóvil frente al precipicio. Pero un pájaro tenía su nido en uno de aquellos huecos, y al verlo salió volando. Chaicu no reparó en el vuelo del pájaro, que se alejaba hacia otro de los peñascos, así que el pequeño pudo saltar encima de él sin ser descubierto.

Sobre el Peñón se sentaban las familias alrededor de las hogueras. A sus lados se veían telas y peces atravesados con los palos, se veían flautas, armas al lado de cada hombre, de cada mujer, de cada niño. A los límites del precipicio, contra el atardecer, se veían las rocas dispuestas a ser arrojadas contra los zuhás. Chaicu y su hijo caminaron hacia la parte baja del Peñón, donde comenzaba de nuevo el bosque que resguardaba las peñas, y se adentraron a recoger leña para la noche que comenzaba a caer, cediéndole la luz y el calor a las hogueras.

Regresaron cuando ya el sol se escondía detrás de las columnas de humo, de las nubes, del campamento zuhá. Alcanzaron a ver el atardecer desde la cima. Durmieron al calor de las fogatas, de las cobijas y de los abrazos. Chaicu dejó a su

hijo en brazos de Fitatá y caminó al borde del Peñón. Hubiera querido hacer una pequeña caminata nocturna, salir por un momento de aquel Peñón que era su esperanza y su encierro, su destino, su incertidumbre del futuro que habría de venir. Caminó hasta el borde del abismo y miró de nuevo hacia abajo. Pudo ver cómo de las fogatas salían pequeños puntos de luz que bailaban bajo la luna y las estrellas, y que se movían entre los árboles.

Están reconociendo el terreno, pensó Chaicu. Y son muchas antorchas. A veces una antorcha parecía apagarse, pero luego resurgía de entre la espesura de las ramas. Quizá los estaban sitiando, quizá estaban cercando los alrededores del Peñón, pero Chaicu, si este era el caso, no entendía para qué lo hacían. No pensaban dejar aquel Peñón sin antes ganar la guerra. Miraba las luces que se movían de aquí para allá.

Les decían *zuhás* porque los habían visto llegar imponentes sobre sus caballos, como si fueran dioses. Y fue difícil aprender que no, que no lo eran, sino unos animales extraños y descarnados que venían a apoderarse de todo. Quizá sus pieles se dañaban de la misma manera y la sangre fuera del mismo color, pero eran tan distintos que no podía pensar que fueran de su misma raza, de su misma especie.

Se acomodó en un hueco que le ofrecía el Peñón, se cubrió con una de las telas y durmió. La noche se abrió paso dentro de sus sueños.

Víctor

El sol se esconde; deja de alumbrar la gran pared del Peñón que Víctor mira para dibujarla. Víctor sentirá vértigo de ser tan pequeño al lado de la montaña. Cuando mira hacia arriba, ve que las nubes se mueven, y por un instante tiene la ilusión de que no, no son las nubes las que se mueven, sino la tierra, lo que se mueve es aquel Peñón. Lo constatará gracias a la inmovilidad de las nubes. David saldrá de casa y lo llamará dentro, Vamos a comer algo. Es muy temprano, responderá Víctor mirando al cielo. Al ver que su padre lo espera, dirá que quiere ver la película del Coyote y el Correcaminos, Esa donde se sube a una montaña y tira una piedra, y que no se da cuenta que el Correcaminos le amarró un pie a la piedra. Acostémonos temprano y, si quieres, mañana subimos al Peñón. ¡Sí!, dirá antes de entrar corriendo con sus dibujos en la mano. Se los mostrará a todos, explicándoles que el hombre de la cima es un indígena como los del museo, y que en el Peñón no hay jaguares pero que atrás, en el bosque, sí los hay, y entonces les mostrará un dibujo del río con jaguares.

David encenderá el calentador de leña con ayuda de Víctor. Meterá los palos al fuego, soplará un poco y cerrará la tapa. ¿Así?, preguntará. Sí; sopla un poco más fuerte, hasta que el palo brille de rojo; entonces ya sabrás que agarró el fuego y no se apagará. Víctor beberá el agua de panela caliente y dulce, mezclándola con la almojábana en su boca. Pedirá permiso para jugar un rato antes de dormir. Afuera, las grandes piedras se tiñen con el blanco de la luna. El murmullo de la quebrada atrae a Víctor; caminará hacia ella y mojará sus manos en aquel agua mansa que refleja la luna. Saltará de orilla a orilla imaginando un río gigantesco que atraviesa con un solo paso. Imagina también que la lluvia desbordó el río, y por eso la tierra se ha hecho lodo y está llena de charcos. Imagina que los mosquitos son los pájaros que bajan a beber agua del río.

El gigante sigue su camino entre el diminuto bosque de pasto bajo sus pies y arranca los dientes de león para soplarlos y que se los lleve el viento; de ellos se agarran algunos hombres que sobrevuelan el bosque porque un gigante los arrancó del suelo, y ahora se tienen que agarrar de donde puedan para no caer. Los dientes caen desperdigados por el bosque; el gigante se agacha y mira de cerca: hay hormigas que son jaguares, los marranitos son osos que se enroscan. El gigante los mira caminar sin rumbo dentro del bosque que es su casa.

Volverá al interior de la cabaña. Dentro hay un ambiente cálido que le da tranquilidad a su piel fría. Ana y David conversan de cosas que el gigante no entiende; no le interesa entender. Guardará sus dibujos en la maleta de su padre. En ella puede ver sus dibujos, que tienen un trazo más cuidado, más correcto en su preocupación de retratar el mundo tal cual es. Hay unos pocos sobre los que Víctor hizo sus propios dibujos, modificando los de su padre, y así un rostro de anciano tiene encima unas gafas verdes, brillantes, cuadradas; una taza de café se convierte en la casa de un hombre de palitos; un árbol con siete ramas tiene ahora doce, y ya no es un eucalipto porque se ha llenado de mangos, manzanas, duraznos, feijos, uchuvas, plátanos, y está lleno de pájaros gigantes entre sus hojas.

Víctor sacará un tren de la maleta. David y Ana hablan entre ellos mientras Víctor recorre con su tren la sala, las ventanas, la silueta del Peñón lleno de luz de luna. Recordará que su padre le dijo que la luna es más grande que su edificio, que toda la Candelaria, que todo Bogotá. El tren baja de nuevo por el marco de la ventana. Víctor mirará la luna redonda, gigante como si estuviera embarazada; pensará que las cosas cambian según como uno las mire. Por eso él dibuja lo que quiere y como quiere, y para él esa es su realidad, su propia forma de ver el mundo.

El sueño lo invade como el abrazo de su padre, como el olor del saco de lana de su padre, que se convierte en su cobija y le da calor y es como su casa, sin importar que no esté en Bogotá, porque lo único que necesita para estar en casa es el olor de aquel saco de lana.

Panichota

Todos guardaron silencio. Panichota pudo escuchar el viento que hacía susurrar las hojas, el agua que hacía susurrar las piedras a lo lejos. La perra se unió al silencio y escuchó con atención; pudo sentir el crujir de las ramas, el aleteo de los pájaros que volaban a lo lejos. Después los susurros de la gente llenaron el Peñón y las familias se sentaron alrededor de la palabra.

Hizo bien aquel hombre al traer las flautas, pensó Panichota. Ahora también nos acompaña la música en esta montaña. Las voces de las mujeres contaban historias y cantaban al sol, al río y a las montañas. Cantaban viejas historias de amor, no el de los hombres sino el de los dioses que habían llenado de vida aquellas tierras; es decir, historias de amor entre el agua y la luna, entre el maíz y la tierra, mientras Xué teñía de rojo el horizonte. Evocaban a Chía, que ya comenzaba a brillar. Esta vez no cantaron las historias en que los dioses castigan a los hombres, porque ahora estaban en un momento de dolor.

Qué quedaría de los zuhás si fueran despojados de sus armaduras, qué quedaría si todos fuésemos despojados de nuestras pieles, como lo fue Chirica. ¿Qué sería, entonces, la tierra por la que luchan, qué el oro, qué los tributos que nos obligan a pagar? Andaríamos todos desnudos, en carne viva, en tierra de nadie. Panichota estaba cansado de explorar, caminar, huir. A cada momento volvía al bareque en su pensamiento; quisiera nunca haberlo dejado, pero ese Peñón guardaba sus últimas esperanzas de dignidad. No quería pensar. No quería quedarse quieto porque entonces los pensamientos lo invadían.

Tomó arco y flechas y entró al bosque. Caminó hasta que el aire cambió de temperatura y la humedad se hizo menos sofocante, sin descolgar el arco de su hombro. El bosque le daba cierta seguridad, cierta certeza de estar aún en casa, sin escapar de nadie. En el bosque era él quien cazaba, era él el perseguidor y no el perseguido.

Después de largo camino sintió un crujir de ramas. Empuñó su arco y caminó, casi gateando, entre los árboles. Por el sonido de las ramas al crujir, por el frotar de la corteza de los árboles, supo que lo que caminaba era un animal grande. Escuchó sus pasos acercándose. Me ve. Estoy seguro de que me está mirando. La brisa le hizo sentir el fuerte olor de una piel gruesa y peluda inundada de sudor. Miró a su alrededor en busca de un árbol al que pudiera treparse. Sentía una mira-

da sobre su nuca. Subió a un árbol con el arco a su espalda y desde una rama alta estuvo pendiente de cualquier movimiento.

Dos serpientes pasaron por el lado del árbol con el sur por destino; apuntó su arco hacia el norte. Al primer crujir de las ramas, disparó. El quejido profundo y hueco hizo que tomara una segunda flecha y la disparara de inmediato. Aguardó, expectante, ante el silencio que ahora se sentía, ante la quietud que se traducía en el tranquilo vaivén de las ramas. Nada. Bajó y caminó hasta ver un rastro de sangre. Era tanta que no podía ser por una herida de su flecha.

Más adelante encontró un mono en el suelo, con la garganta desgarrada. Pero no había rastros de su primera flecha. La segunda estaba al lado de un árbol con un trozo de corteza rota. Del oso no había ningún rastro. Panichota cargó entonces al mono en sus hombros y desanduvo el camino al Peñón.

Cuando llegó, todavía sonaban los trozos de leña quemándose sobre la roca seca y manchada de carbón. Las familias dormían, a excepción de algunos niños que jugaban insomnes, de algunas mujeres que miraban el cielo, que miraban el rostro de sus hijos durmiendo en paz, a excepción de los guardias y de un hombre al lado del precipicio, que miraba al horizonte. Aquel hombre se puso de pie y caminó hasta confundirse con la silueta de la montaña contra la noche blanca. Dejó al mono al lado de los guardias, quienes lo felicitaron por esa buena caza.

Fue hasta donde dormían su mujer y su hijo. Lo vio acurrucado entre los brazos de ella. Se cobijó con la misma cobija y abrazó a su esposa por la espalda. Ella se dio vuelta y lo miró a los ojos. Tengo miedo, dijo con un susurro como el de las hojas que movía el viento. Él guardó silencio. La tomó de la mano y la acercó hacia él. Quitaron la cobija de sus cuerpos, cuidando que su hijo quedara bien cubierto. Fueron al río. Algunos los vieron pasar. Entraron al río desnudos y se unieron al ritual de las otras parejas en el agua. Ella lavó la sangre de su piel; él la besó y, abrazándola, la acercó hacia él.

En un gemido, ella lo rodeó con sus piernas y lo abrazó, y él entró en ella. Ella se quedó inmóvil; él, dentro. Ella lo abrazó con fuerza, con mucha más fuerza; él bajó sus manos, y entonces se hicieron al ritmo de la corriente del río que caía más adelante entre las rocas.

Los demás salieron, a medida que fueron terminando su encuentro, en un pacto de silencio, aunque sabían que al otro día se burlarían entre ellos. El río, la noche y la luna envidiaron su pacífico abrazo; la brisa y las hojas se acariciaron con una suavidad desconocida, como susurrándole historias a la luna que, silenciosa, las miraba.

IV

Hago una pregunta que no podré responder. Converso con ella. Me dice palabras que no entiendo, y entonces pregunto de nuevo. Pierde forma a medida que crece. Se desborda, se riega, se sale de sus contenciones. Intento responderla hasta que cede un poco, pero emerge algo nuevo que no entiendo. Sin que me dé cuenta, toma mi forma. Me imita. Está hecha a mi imagen y semejanza; es mi reflejo. Ya no sé distinguir entre su cuerpo y mi cuerpo. Veo aquella masa de preguntas que me mira fijamente.

No creo en el pecado. No creo en lo prescrito. Soy un hombre de carne y hueso que se sienta frente a esta página como frente a un amigo. Soy quien escribe estas palabras que deberían pasar desapercibidas para un crítico literario. No creo en la teoría. Tampoco en la práctica. No creo en lo que hago. Al final no habrá nada más que la muerte.

Soy uno de los personajes de esta historia, y es difícil construirme. Soy como quien está dentro de la película que filma con sus propias manos. Soy el autor de esta historia, soy quien la narra desde donde está sentado. Me pregunto por el pasado mientras veo la sangre sobre la hierba, por el futuro mientras veo el violonchelo de Ana. Lo único que persiste son las rocas, las montañas, la luna, el sol. Son los únicos testigos presenciales de la historia.

Su tiempo está fuera de mi tiempo; son eternos. Mi siglo es su segundo, dice el poeta. ¿Cómo verían todos ellos nuestra historia? ¿Cómo podría ver yo mismo nuestra historia? Dicen que quien escribe parte de una pregunta, y trata de responderla. Me pregunto si alguien habrá encontrado alguna vez una respuesta.

Hago una pregunta que no podré responder. Converso con ella. Toma mi forma, me imita. Ya no distingo si soy la pregunta o quien la formula. Mi cuerpo

se transfigura y contiene todas las preguntas, se desborda. Pierdo la forma. No me reconozco en el espejo. Todo está lleno de preguntas. Todo es una sola pregunta que lo contiene todo. Mis personajes y mi cuerpo están contenidos por ella.

Ana

Soy del tamaño de una hormiga. Mi piel es suave. Se endurece a medida que recorro las calles de la ciudad en una caricia. Mis pies andan el suelo, cada vez más duro, de tierra y luego piedra y luego pavimento que ya no es la superficie suave de mis manos llenas de maleza y bosque, sino las piedras sobre las que resuenan los carruajes, las llantas de caucho y el cemento que luego es martillado y recorrido por miles de pies y de máquinas abriendo el suelo. Soy cada vez más pequeña; la ciudad, cada vez más grande. Crece e intenta alcanzar el cielo. Cuándo podré salir, si crece más rápido que mis pasos. Soy hormiga. Cavo, pero bajo tierra encuentro un suelo duro y marchito estéril muerto, aquella piel bajo tierra durante años que deja de sentir, que no se deja acariciar, Raquel, abuela Raquel, abuelita; han plantado sobre tus viejos pasos las calles de cemento y las estructuras gigantes de metal que sostienen edificios gigantes, como si fueran raíces enterradas muy profundo, ya no tus plantas, y se alimentan del agua seca. Una gota limpia bastaría, pero todas están secas y me secan y el sol no da de beber, quema por dentro, quema mi piel suave, mi piel que se endurece. Aquí dentro puedo tener algunas certezas, algunas que ya sé y otras que aprendo. Sé que aquí habito mil pieles. Una de ellas es la tuya.

Mi vestido está lleno de tierra, sucio del polvo que levanta la ciudad, los pasos, los carros; mi casa limpia, mi hogar, aguarda, me aguarda, me espera. Camino hacia allá, pero cada vez está más lejos. Esperan mi madre y mi padre, y tú, Raquel, con tus caricias y tus manos para lavarme, para darme el calor de un sol que no quema. Pero estoy sola, estoy muy sola. Ya no hay nadie. Las calles están vacías y mi edificio es de una altura inabarcable para alguien de mi tamaño, pero no importa ya. Subo por las paredes como puedo, agarrada de cualquier cosa, hasta llegar. Tengo el vestido roto, estoy desnuda, y llego a mi puerta cerrada y entro por debajo. Todo es gigante, más grande aun; yo soy cada vez más pequeña, como una pulga, como un grano de arena, como una partícula de polvo. Avanzo con dificultad pero logro llegar al violonchelo, mi cumbre, mi montaña, mi resguardo, abrigo de la soledad. Subo por el cordal y llego al puente y veo toda mi sala como si fuera el mundo entero, mi propio, mi único universo, y no entiendo cómo llegué hasta aquí. Sigo encogiéndome y seré quizá una partícula invisible, indivisible, flotando por un mundo enorme que no fue hecho para mí, que no fue hecho a mi medida. Me apresuro entonces y entro por una de las eses del chelo y aguardo. Cierro los ojos. Sien-

to el calor de la madera que me rodea y la oscuridad me da calma. Veo la luna. Todo brilla, todo está lleno de luz. Nunca había visto una luna tan brillante, nunca lo había visto todo con tanta claridad.

Mi madre me observa desde algún lugar y me habla con una voz que no reconozco del todo. Qué ha sido de ti, dice. Qué ha sido de la piel que nos cubre, que es nuestra y del cielo. Me muestra nuestras pieles tersas y las toco; nadie las hiere excepto el tiempo y el olvido, el polvo, el óxido que nos reduce. Su piel brilla bajo la luna como si fuera la luna misma, luna llena que mengua, y comienzo a olvidar; su cuerpo de caderas anchas y brazos grandes, rechonchos como su vientre, comienza a borrarse y se llena de verde. Desaparece en el bosque mientras grito, pero no me oye. Me visto de verde.

El viento roza mi cara, las hojas, hace rechinar las ramas. Levantan vuelo miles de pájaros que cubren el cielo. Cada uno refleja luz de luna. Cada uno brilla como si fuera la luna. Camino hasta el borde del Peñón, envuelta en la luz de miles de lunas. Todo es blanco. Estoy llena de luz. Abajo duermen Víctor y David. Quiero ir, pero no puedo. Los pájaros bajan y se convierten en el agua de la cascada, en el río que avanza lleno de luz de luna. Y entonces amanece.

Las aves pierden su luz y descansan; se funden con la tierra, se vuelven tierra y sus plumas maleza y árboles, y su aletear hace la brisa que mueve las ramas. Toco mi cuerpo. Temo que haya menguado, temo que se haya ido con esas mil pieles. Miro hacia atrás y un bosque se extiende como si fuera la ciudad. Estoy en casa. Arriba veo las dos "S" del chelo; enmarcan el Peñón. Este es mi mundo, este es mi sueño. Miro hacia abajo; entre los árboles emergen torres de ladrillo; los animales salen en desbandada y, detrás de ellos, miles de indígenas que buscan resguardo, y se acercan, hablan, pero yo no los entiendo; quisiera entenderlos pero no los entiendo.

Camina hacia el abismo sin detenerse; no se detienen ante mis gritos, y entonces sé que no es un sueño sino una pesadilla porque allí está mi madre y todos caminan, y en el cielo ya no están las ese del chelo, ya no están. Suena un ruido insoportable. Reconozco la música de mi chelo. Quiero despertar. Todo suena y ellos no se detienen y la música retumba terrible en mis oídos. Una mujer cuenta historias mientras camina y cae y soy yo porque veo mi propia caída y no quiero caer, no quiero convertirme en esas mil pieles cubiertas de aquel óxido que ahora me arroja y me presiona contra el suelo y no me deja respirar.

Ana despertará asustada; no reconoce la cabaña hasta que David le ofrece chocolate y huevos. Dirá que sí. Intenta recordar su sueño, pero tan solo quedan algunas imágenes inconexas. David ha puesto *Scheherazade* en el equipo de sonido. Hace frío. Envuelta en la cobija saldrá a ver el pasto cubierto de rocío que se eleva y se hace neblina con la luz del sol.

Chaicu

El cielo y la tierra se juntan allá detrás. Esas montañas forman el horizonte. Y la tierra es larga y ancha, más ancha que nuestra vista, mucho más ancha, y nosotros solo conocemos lo que conoce nuestra vista. Y ahora el horizonte se reduce a este trozo de tierra, este trozo de roca incómoda para dormir, para ser nuestra casa. No podemos guardarnos aquí para siempre. Atacarán.

No somos más que animales, animales que caminan sobre la tierra. Si fuéramos como el cóndor podríamos volar entre las nubes, y nuestro horizonte sería, hijo, el mundo entero, y nuestros hogares las altas montañas. Nuestra música sería el viento sobre nuestras plumas, y así lo habíamos pensado siempre, hasta que llegaron los zuhás de algún horizonte desconocido. Antes éramos todo lo que vemos; no pensábamos en fronteras. Ahora no podemos salir de esta montaña que antes mirábamos desde abajo y que era un lugar sagrado para buscar la paz de nuestros pensamientos.

Mira. Allá el cielo está oscuro todavía. A este lado comienza a ponerse azul. Falta poco para escuchar cómo despiertan los animales. Algunas madres ya alimentan a sus hijos y algunos hombres ya se han ido a cazar. Pescarán, molerán el maíz, las mujeres cocinarán, y hablarán; eso hemos hecho desde siempre, desde que Xué y Chía fueron castigados y separados en el día y la noche. Contarán historias más viejas que los abuelos, y así los niños como tú aprenderán todo lo que sabemos. Y después irán a jugar. Todo eso somos; todo eso está ahora en peligro por unos hombres que quieren cambiar nuestras vidas y obligarnos a ser algo que no somos. Los zuhás no son hombres como nosotros. Son zuhás. Nos acorralan. Intentarán entrar.

Nos han hecho esclavos, nos han violado, nos han obligado a trabajar la tierra para ellos, nos hacen guiarlos entre la selva. En otra comunidad, lejos, uno intentó defender a su mujer; se la llevaban a rastras, halándola del pelo, y él lanzó una flecha envenenada que hirió al zuhá que la llevaba. La mujer pudo regresar, pero otro zuhá cortó el brazo del hombre que había disparado. Siguió luchando con su otro brazo para que no se llevara a su mujer de nuevo; dio puños, patadas, mordiscos, sin reparar en la armadura. Logró quitarle la espada pero de nada sirvió; lo empujaron contra un árbol lleno de avispas y se llevaron a su mujer. Corrió y siguió luchando, pero él y su mujer terminaron con la piel lacerada por las picadas. Las armaduras protegieron bastante a los zuhás. A ellos los amarraron con cuerdas en el

cuello, como a sus perros, y los obligaron a guiarlos a través de la selva. Para ellos no somos más que otro animal para dominar.

Así se hizo su historia, así se abrieron camino y lograron hacer un pueblo al sur de este lugar. Y allá ya hay quien gobierna, y cambiaron los árboles por casas y la maleza y la tierra por rocas para sus caballos y carros con ruedas. Están cambiando el mundo. Lo que conocimos no existirá nunca más. Quizá, si nuestro mundo muere, lo mejor sea que encontremos la muerte con el mundo.

Chaicu miró a su hijo. El rumor de la selva se elevaba como la luz; primero el canto de los pájaros, luego los rugidos y los aullidos de los animales. Algunos cóndores sobrevolaban la selva. Las mujeres bajaban al río para lavarse y lavar a sus hijos; algunos hombres se adentraban en el bosque; otros se acercaban al precipicio para mirar el horizonte y el bareque que ahora estaba cubierto de llamas amarillas y columnas de humo.

Con la caída de un árbol se elevaron miles de pájaros del bosque. Casi cubrían el cielo, hasta que se posaron de nuevo sobre los árboles y bajaron a beber agua del río. Hacía frío, pues se sentía la humedad que había dejado tras de sí la noche, como si estuviera bajo tierra, y como si fuera las gotas de rocío que cubrían la maleza. Como si saliera así, como el sol, y comenzara a hacerse nubes en aquel horizonte que veía Chaicu desde el Peñón.

Victor

Hay algo ahí. Hay algo ahí detrás. Dice que no hay que tener miedo de lo desconocido. Como en el cuento que me gusta por las noches. Que me lee antes de dormir. Lo tenía sobre sus piernas. Sí, el que tenía sobre sus piernas esa noche. Todas las noches pone libros sobre sus piernas. Para leerme. Primero lo abre. Dice Este libro fue impreso en. Dice Los libros tienen una pequeña historia. Como cuando digo mi nombre cuando los grandes me preguntan mi nombre, y también digo que tengo Estos años, y que él Es mi papá, David, que me lee cuentos por las noches. El cuento de la vaca, el cuento de la niña con pecas, el del grúfalo, el del osito verde. No es un monstruo, es un osito verde, porque es gordito, en la panza, y esto lo tiene redondo, y tiene orejas y ojos grandes y garras y una nariz negra negra. También el de la flor que no entiendo. Yo no entiendo bien. Pero dice que no hay que tener miedo de lo desconocido. Eso me enseñó. Es algo que es grande o es pequeño, y que no se sabe hasta que no lo veo, pero entonces ya no es desconocido. Cuando estoy en el parque y hay una piedra pesada, pesada, pesada, y él me dice que no la puedo quitar, ¿Por qué?, me dice que porque debajo está lo desconocido, y que si estoy seguro de querer ver debajo de la piedra. No estoy seguro pero le digo Sí y me mira y me dice No y entonces yo me pongo seguro y le digo Sí. Pero a veces no puedo. Hay piedras muy grandes y pesadas. Pero a veces sí puedo, y entonces hay arañas, lombrices, marranitos de esos que tienen los pies delgaditos y se enroscan. ¿Por qué se enroscan cuando levanto la piedra? Debe ser que tienen miedo. Debajo de la piedra no tienen miedo. ¿Será eso? Yo no sé.

Dice que también está dentro. Y en todas partes. Seguro también está ahí detrás. El suelo es distinto aquí que en la ciudad. Por eso mi papá trajo esas botas negras como las mías, las que yo me pongo allá para saltar charcos y salto y el agua salta y me mojo el pantalón. Lo desconocido también está debajo del agua. Y dentro de los árboles. Y dentro de los libros. Y dentro de todo está lo desconocido. Como el pasto. ¡O los caracoles! O dentro de uno mismo. Ahí detrás de la piedra también. Es una piedra grande y la montaña es una piedra gigante. Pero dice que se está acabando lo desconocido. Por eso tengo que estar seguro de levantar la piedra. Como el museo, cuando vimos esta montaña pero en fotos, con un río, y los pedazos de oro y ollas de barro de los indígenas y todo eso que ya no está aquí sino allá. Dice que el museo es un lugar donde ya no está lo desconocido. Dice que es todo lo que ya pasó, como debajo de las piedras. Y mi mamá. Mi mamá también es

lo desconocido. Por eso no vamos allá. No me quiere llevar allá. Que no quiere que la olvide como era antes. Así como la veo en las fotos. Siempre sonrío en las fotos. Pero no la podemos abrazar, dice.

Creo que entiendo un poquito mejor lo desconocido. Sí. Es como cuando el cuento no se ha acabado, o está cerrado, como cuando los pajaritos no cantan, como cuando el árbol no está cortado, como cuando no levanto una piedra, como cuando mi mamá ya no está, como cuando hay una cajita cerrada. O como eso que me dijo una vez, que las hojas tienen cosas encima, colores, letras, rayas, soles, hombres, todo el cuento, pero aún así la hoja está debajo siempre blanca. Yo creo que lo desconocido es como cuando me duermo. Porque siempre sueño cosas que no existen.

Víctor verá despertar a Ana. Entrará a la cabaña de la mano de David. Se sentarán a desayunar a la mesa, y mirará cómo el rostro de Ana se llena de luz del sol. David le enseñará a hacer barquitos de papel para que los lleve a navegar. Él los coloreará de azul y verde en la base. Luego de café, para que sean de madera como los barcos de verdad. Los recogerá todos entre sus manos y saldrá con su padre. Irán a bañarse al río.

Panichota

El abrazo se deshizo, pero su calor se mantuvo como si las pieles se hubieran unido en una sola; como si el abrazo ya no se fuera a romper nunca. El frío no los despertó. Tampoco la suave brisa que recorría sus cuerpos y cada cuerpo sobre el Peñón, y que bajaba por el abismo refrescando las imponentes paredes que los separaban de los zuhás. Las hojas de los árboles sonaban como un río de aire que se detenía por un instante, como el murmullo de una madre que necesita tomar aire para seguir arrullando a su hijo. Así dormía Panichota, sintiendo el arrullo de la selva.

Cerca del Peñón había cuevas y más montañas. Allí dormían las otras familias, los jaguares se abrazaban a sí mismos o entre ellos, enroscados, enrollados, con la cabeza sobre las ramas, con los ojos cerrados y el cuerpo hinchado por las plumas dentro de las que se recogían; los osos en familia, aunque los padres comenzaban a despertar para ir al río; las serpientes, los insectos, las hormigas, las arañas. Todos amanecían con el sol. La selva emitía otro murmullo: el de los pasos y el bostezo de cada ser dentro de ella. Pero el sol aún no se asomaba; tan solo sus rayos de claridad en el oscuro cielo.

Panichota despertó de sus sueños. Vio a su mujer descubierta abrazando a su hijo, y los cubrió con la manta que había a su costado. En la hoguera quedaban los últimos rastros de calor; pronto se apagaría del todo. Panichota sopló sobre los pedazos de madera que aún estaban rojos y cambió por nueva leña los carbones apagados. Con hojarasca encendió de nuevo una pequeña llama que cuidó hasta que la leña se prendió. Escuchó con atención el rumor del río y los árboles y escuchó la voz de Chaicu que le hablaba a su hijo. Luego caminó hacia abajo con su lanza y el arco a la espalda. Antes de entrar al bosque, de poner sus pies sobre la tierra y alejarse del suelo de piedra del Peñón, se detuvo para mirar atrás. Había tantas hogueras, tantas familias.

Decidió rodear el Peñón por el camino del río. Atravesó a nado, pues a la altura del Peñón no era ancho, pero sí profundo, y caminó hasta la otra salida de los peñascos a la selva en la que se asentaban los zuhás. Era un camino que bajaba entre las montañas, pero que no era fácil de reconocer. A medida que lo recorría, la selva se hacía más densa a su vista. Las piedras gigantes a la falda de la montaña se acercaban. Eran piedras sobre las que sus ancestros habían pintado sus historias, historias de la tierra y los hombres, de los animales y los hombres, y desde ellas se podía mirar hacia arriba y ver la punta del Peñón, muy alta. Panichota caminó con

cuidado, pues allí comenzaba el otro camino de ascenso, y quizá había algún zuhá montando guardia. Se escondió entre las grandes piedras.

El cielo ya aclaraba. La bruma se elevó del suelo. Panichota se arrodilló, dejó su lanza y arco sobre la maleza y metió sus manos en ella para mojarlas con el rocío. Refrescó su cara y echó para atrás su pelo largo. Lo amarró con un trozo de cuerda. Cuando miró hacia arriba, vio alejarse del Peñón miles de pájaros que por un momento cubrieron el cielo. Luego se desperdigaron entre el bosque, más allá del campamento de los zuhás.

Desde la piedra más alta, a la que Panichota subió con cierta dificultad, se podía ver todo el límite del bosque, una larga pared de árboles que dejaban de crecer donde empezaba la roca del Peñón. Panichota se recostó sobre la fría piedra durante unos minutos, cuidando cada tramo de aquellos límites, y pudo ver cómo el sol brillaba sobre las gotas que yacían sobre las hojas y las ramas de los árboles, sobre la maleza, y cómo sus rayos, que atravesaban las copas, se dibujaban en la neblina densa y blanca entre el bosque. Podía ver cómo se iluminaban las quebradas que salían del río y bajaban desde la montaña.

Sintió pasos; bajó de inmediato al suelo. Se escondió ahí detrás. No entendió que murmuraba la voz del niño mientras jugaba en la quebrada. Arriba se alcanzaba a ver la silueta de Chaicu con su hijo, mirando hacia el horizonte. Los pasos se comenzaron a alejar. Panichota salió de detrás de la piedra, pero no pudo ver a nadie. No sabía que hubiera niños entre los zuhás. Se adentró al bosque con sigilo, sin darse cuenta de que por donde entraba, los árboles estaban repletos de mariposas. Las mariposas, que se encontraban inmóviles, levantaron el vuelo. Rodearon a Panichota; algunas se posaban sobre su piel, otras volaban por el bosque o buscaban la copa de los árboles. La neblina se disipaba por un momento bajo su aletear. Ojalá fuera tan leve como las mariposas, pensó Panichota siguiéndolas con la mirada y sintiendo el cosquilleo de los pasos que daban sobre su piel.

Escuchó de nuevo aquella voz. Decidió alejarse en silencio y volver por el camino del río; ya sabía lo que quería saber: los zuhás aún no estaba en los límites del bosque. Las antorchas de la noche anterior no significaban el avance del campamento zuhá; tan solo estaban explorando.

Después de atravesar el río por la parte superior del Peñón, sintió el olor a carne asada. Volver a casa no era necesariamente volver al techo del bareque; era ir al lugar en el que sabía que lo esperaban. Se sentó junto a su familia, todos alrededor de la hoguera que ahora calentaba la comida en las ollas de barro. Queso recordar su sueño de la noche anterior, pero no logró darle ningún sentido. Recordó

mariposas, el bosque. Recordó que soñó el aire, el aire recorriendo su cuerpo al tiempo que el bosque hacía sonar sus hojas y servía de apoyo para las alas de los pájaros y las mariposas. Una vez más quiso ser tan leve como las mariposas.

V

Hace unos días vinieron hombres de azul a tomar notas mientras miraban el árbol frente a la ventana. Luego giraron, se subieron a su camioneta blanca y se fueron. El árbol permanecía allí, sereno, imperturbable. Detrás del tronco de sesenta años habían pintado una roja T. No lo sabía; esa T significa que vendrán a talarlo. Vendrán, sin aviso, a talar el árbol que lleva ahí varias décadas, entre el Café y la calle, testigo de tantos pasos, de tantas historias. Miraré por la ventana y ya no estará el árbol; quedarán las flores, las rejas, los edificios, los carros.

Atardece. La silueta del árbol se dibuja contra las nubes. Dicen los que saben que es más fácil dibujar la luz que la sombra. La sombra hace que el mundo deje de ser plano y tenga forma, profundidad. Imagino entonces el atardecer sin árbol: los edificios y las calles se tiñen del mismo rojo, queda ese mismo degradado del rojo que se convierte en el azul profundo de la noche. Y entonces me doy cuenta. Sin el árbol tendría que entrecerrar los ojos; el sol me daría de frente. Sin el árbol, caería sobre mí la suave llovizna que ha comenzado. No he estado mirando el atardecer: he estado observando todo excepto el árbol.

Ana

Quitará de su espalda la cobija que la resguarda del frío de la madrugada. Irá a la mesa llena de luz y comida para todos. Víctor raspa su cacerola mientras David baja el volumen de *Scheherazade* de Rimsky-Korsakov. Ana tomará la taza de chocolate caliente entre sus manos y subirá los pies a la silla mirando por la ventana. El paisaje son las grandes rocas a la falda del Peñón.

En la ciudad, Ana está sola; no quiere recordar. No quiere recordar los cadáveres de la dictadura, no quiere recordar su apartamento, no quiere recordar aquella ciudad dormida y tan llena de cemento. Tampoco los edificios, los cerros, las anchas avenidas, el ruido, el tiempo que suena con cada paso como un péndulo, las campanadas de la iglesia, la falsa oscuridad de la noche, la ventana alta de su edificio, tan lejos del suelo, tan lejos de los otros; no quiere recordar el olvido, la inercia, la monotonía, el día a día que se llevan los meses, los años, el dinero, las tiendas, el comercio, las compras, las luces navideñas, la calle y la casa, el hambre y los centros comerciales, la piel que se endurece con el aire sucio, el aire sucio, el aire difícil de respirar, el aire seco, reseco, la gente que camina, que grita, que empuja, que respira el aire seco y se vuelve gente seca, la gente seca, reseca, sucia de maquillaje, falsa, difícil de respirar. No quiere recordar la dictadura ni los muertos.

Terminará su taza de chocolate y ayudará a David a lavar los platos. Luego recogerán las cobijas y el desorden de la sala. Saldrán de la cabaña para bañarse en el río que baja del Peñón. El río no es profundo; apenas cubre sus pantorrillas. Irán hasta la caída del río entre las rocas para recibir sobre sus cuerpos el agua que cae. Pese a ser poca, refresca.

Ana subirá por entre las piedras para bañarse. Se quitará primero la camiseta blanca. Sentirá su desnudez en el río. Escuchará el agua que cae entre las piedras y el viento que sopla desde arriba del Peñón y baja por el río para recorrer su cuerpo sin pudor ni pena; sentirá el aire que juega con su cabello y respirará, ayudándole así a recorrer el interior de su cuerpo. Sentirá cómo baja por su cuello y luego por sus brazos, por el medio de sus senos, cómo hace cosquillear sus pezones y sigue camino por su abdomen hasta que alcanza su pubis y baja de nuevo hasta el río. Sobre el agua flota una mariposa que levanta vuelo con la brisa que se aleja. Ana soltará el aire de sus pulmones sin querer, como si quisiera ofrecerle su cuerpo como un hogar, embarazarse de él, alimentarlo para que no muera. Es un aire tan vivo, tan húmedo, pensará. Enjuagará su cabello y su cuerpo con la sensa-

ción inexplicable de que el aire le habla, de que el agua le dice algo. Pondrá, en un gesto cuidadoso, las manos sobre su vientre.

Vestirá de nuevo su cuerpo para salir de su escondite entre las rocas. David juega con Víctor más abajo; el río se lleva sus parquitos de papel. También se lleva algunas hojas en las que Víctor embarca césped como navegantes. Ana mirará hacia arriba. El cielo tiene un azul claro y profundo. Aún se ve la luna casi llena. Esta noche comenzará a menguar, pensará Ana. Las nubes pasan como el río. El tono gris del amanecer cede; ya es de día.

Saldrá del río para secarse e ir hasta la cabaña. Se vestirá de sudadera. Abrirá la maleta y sacará de ella una libreta y un cuaderno. Hará una llamada a uno de los números anotados en la libreta; del otro lado contesta una voz de mujer. Ana, sí. ¿Cómo está todo por allá?; tú y tu familia. Sí, estoy en la cabaña de mis abuelos. No, no es necesario. En serio. Me cuidé de que todo quedara bien, tranquila. Muchas gracias, en todo caso. ¿Y los niños? Ah, bueno. Sí, me voy a quedar acá un tiempo, estoy con David y Víctor. Sí. Sí. Bueno, cuidense. Tranquila, estamos bien. No, no nos pararon; solo nos pidieron papeles y ya. Sí. Bueno, te mando un abrazo, y a los niños.

Tomará el cuaderno y se sentará en el sofá. Mirará por la ventana y verá las rocas, pequeñas en contraste con la roca gigante que parece ser el Peñón detrás de ellas. Es un paisaje gris y verde. Hay tantos tonos de esos dos colores que no los podría enumerar en su cuaderno.

Chaicu

Sintió una fuerte necesidad de cerrar los ojos y dejar de ver el horizonte que se le escapaba como se escapa el tiempo. Su hijo fue en busca de su madre, que lo llamaba para ir al río. A su orilla algunas mujeres lavaban las telas golpeándolas contra las rocas mientras las demás lavaban sus cabellos. Los niños jugaban con la perra, teniendo cuidado de no abrir de nuevo su herida. Fitatá entró al agua antes que su hijo. Chaicu la miraba.

Vio cómo su cuerpo se sumergía con la calma de las osas que se bañan en el río y juegan con el agua. Vio cómo sus rodillas se volvían agua, y luego sus muslos y las manos; luego sus nalgas y sus caderas; Fitatá se detuvo en su cintura, porque el viento soplaba y quiso sentirlo por un instante antes de sumergirse y nadar un poco para refrescar su cuerpo y su cabello. Frotó su rostro con el agua del río, sus axilas, el pliegue de la piel bajo sus senos, y llamó a su hijo para que viniera y él entró al agua mirando las ondas que producía su cuerpo. Nadó hasta su madre y se agarró de su cuello.

Chaicu se acercó a la hoguera y arrancó con cuidado la piel tostada del pescado, la extendió en la piedra que el fuego había calentado y sobre ella puso el cuerpo del pescado abierto en dos; así era más fácil quitarle las espinas. Recogió los carbones inservibles y puso nueva leña. Fitatá salía ya del río con su hijo. Subían hacia la hoguera. Aún no estaba el pescado, así que Chaicu tendría tiempo de ir al río y lavar su cuerpo antes de comer con su familia.

Bajó al río con su hijo, llevando los juguetes que había recogido en el bareque. Chaicu miraba el bosque y el accidentado sueño por el que tenía que llevar sus pasos; su hijo lo tomaba de la mano. Llegaron al río y pusieron la barquita de madera en el agua, cuidando que no fuera a llevársela la corriente del río. Amarraron una cuerda a la proa. Chaicu soltaba de a pocos la cuerda para que la barquita se alejara de ellos y su hijo pudiera verla a la mitad del río, flotando; tomó algunas hojas secas de la orilla y las soltó para ver cómo superaban a la barquita. Los demás niños se acercaron con sus propias barquitas de madera tallada.

Salieron del río y los niños fueron a la hoguera de cada una de sus familias seguidos por sus padres. Chaicu se sentó con los suyos y compartieron la comida. Comían y la leña crujía. Había un murmullo de voces que conversaban acerca de lo que estaba pasando. El enfrentamiento llegará pronto, decían, y se tragaban sus

trozos de pescado. Algunos no hablaban; recordaban con sus instrumentos la música que tocaban antes de la llegada de los zuhás. Los que hablaban, lo hacían sobre las barbaridades que habían oído sobre los zuhás en distintas partes del territorio con varios grupos indígenas; no solo ellos. Hablaban sobre su codicia y su sed de conquista de todas las tierras. Hablaban de aquel nuevo idioma, el *castellano*, y de las cruces que llevaban los hombres de vestido. Hablaban de los esclavos y los muertos. Contaban la historia de un cacique al que habían engañado; le habían propuesto la paz a cambio de oro y servicio, y cuando tuvieron su oro lo mataron frente a su comunidad para ser temidos. Todos huyeron a una isla a la que solo se podía entrar por un camino o en barca, en medio de un ancho lago, pero los zuhás lograron entrar, y quienes no murieron atravesados por sus espadas o ahogados intentando huir, fueron esclavizados, las mujeres fueron violadas. Los cadáveres de los niños que no sabían nadar y de los que se cansaban antes de llegar a la otra orilla, flotaban en el lago. El líder zuhá había tomado esto como ejemplo de lo que le harían a las comunidades que no ofrecieran su inmediato servilismo y riquezas y que opusieran cualquier tipo de resistencia.

Chaicu pensó entonces en el bareque, del que ya no quedarían siquiera las cenizas, pues ya se las habría llevado el viento. Sintió la prisión a la que se habían condenado y de la que solo escaparían en batalla a vida o muerte. Se levantó de la hoguera para esturar su cuerpo y sentir que podía mover sus brazos y sus piernas con libertad. Caminó hasta la entrada del Peñón, bajó unos metros hasta un lugar desde el que se podía ver el bosque en el que se habían asentado los zuhás. Un viejo fue tras él. Ambos se detuvieron frente a una de las paredes del Peñón sobre la que reposaban las pinturas de sus antepasados. Frente a ella crecían, tranquilas, las matas de achiote. Eran figuras de hombres y de animales. La montaña misma era su memoria. Esto será lo único que quede de nosotros, dijo el viejo. Chaicu guardó silencio. Miró el campamento zuhá a sus espaldas. Recogió del suelo una semilla de achiote, la machacó y untó sus dedos. Los limpió en su pecho desnudo y sintió cómo aquel futuro del que no haría parte lo sepultaba en el olvido.

Víctor

Caminará descalzo hacia el río. Sentirá cómo se aplasta el césped bajo sus pies, cómo está lleno de la humedad que dejó la noche en forma de rocío. Sentirá la brisa que baja de la montaña de piedra, acariciándolo todo. Al llegar al río, David y Ana se sentarán a la orilla. Él entrará al río por su cuenta, sin miedo al agua, pues tan solo le llega a la barriga. Llevará los barquitos de papel sobre sus hombros para que no se mojen antes de tiempo. David entonces se acercará para ayudarlo a su hijo. Los pondrán de a uno sobre la superficie, y así se los llevará hacia abajo el río, alejándolos de ellos.

Se sentará en el río, dejando tan solo su cabeza fuera del agua. Su padre se sentará detrás de él y sostendrá su cuerpo. Deja que tu cuerpo flote, dirá David. No pasa nada, no tengas miedo. Víctor cerrará sus ojos con la confianza de que su padre no dejará nunca que su cabeza se hunda. Sentirá cómo el agua cubre y descubre sus oídos, cómo el pelo comienza a pesarle en la cabeza, cómo el viento recorre tan solo su rostro, dándole la tranquilidad de respirar. A cada bocanada de aire que tome, subirá. A cada bocanada que suelte, se hundirá casi hasta el fondo del río. Comprenderá por primera vez que su cuerpo tiene una bolsa que puede llenar de aire y flotar como una burbuja que emerge. Comprenderá también que su cuerpo tiene agua, porque el río lo arrastra y su piel se humedece. Aunque no lo comprenda aún, será consciente de que su cuerpo se hunde; además, su cálido cuerpo, las manos de su padre, contrastarán con la fría temperatura del río. Tengo un cuerpo, serían sus palabras.

Abrirá los ojos y verá el cielo descubierto. Sentirá el peso del río y el suyo propio; sentirá las caricias del sol y del aire sobre su cuerpo; sentirá, intercalados, el murmullo del aire sobre las hojas y el murmullo del agua sobre las rocas; sentirá, inmerso en el agua, la levedad de una mariposa que pasa, ingrávida, sin dirección definida. Se sentará y sacará piedras del río para arrojarlas de nuevo y ver el agua salpicar.

Saldrán del río. David secará el cuerpo de Víctor y lo cubrirá con la toalla. Envuelto, tomará de la mano a su padre mirando la cima del Peñón. ¿Podemos subir ahí arriba?, dirá Víctor. Más tarde subiremos, hijo. Al Peñón no, a esta piedra, dirá señalando una de las piedras a la falda del Peñón. David lo llevará y, alzándolo, lo posará en la cima de aquella piedra. Subirá con él y lo vestirá. ¿Puedo dibujar un rato acá arriba? Sí, pero todo está en la cabaña, ¿te quedas acá? Sí, dirá

Víctor, y su padre irá por las hojas y los lápices de colores. Volverá además con una taza de café en la mano. ¿Y Ana? Ana está escribiendo. Gracias, dirá Víctor al recibir los lápices de colores. Sentirá aquel olor que ya relaciona cada mañana con su padre. El olor del saco de lana de David, aquel olor a hogar, siempre lleva un poco de aroma de café entre sus hilos. Mirará hacia arriba y comenzará a dibujar en su cabeza lo que más tarde estará sobre la hoja en blanco.

Por primera vez, no se volcará sobre la hoja en blanco. Quiere seleccionar muy bien los colores, quiere mirar muy bien la montaña antes de dibujarla. Sacará solo algunos lápices de la caja de colores; el café, el gris, tres tonos de verde, dos de azul, el blanco, el negro y el amarillo. Los demás colores los dejará detrás de él y tomará la hoja entre sus manos. La alzará, como enmarcando aquello que va a dibujar. Mirará la hoja y el Peñón en un juego, en un desafío infantil. Tomará, primero, el lápiz amarillo, y hará rayas en la parte inferior de la hoja. Luego, con el café, le dará el tono sucio de la roca. Un poco de verde le dará vida al liquen que se adhiere a la pared de piedra. Dibujará los árboles y sus ramas, sus hojas, que se verán en miniatura al lado del Peñón. Luego, también por primera vez, dibujará las nubes blancas sobre el cielo azul, y no al revés. Con el negro dará sombra y volumen a la roca disforme. Al final, rompiendo las reglas de aquel retrato, dibujará muchos puntos de colores sobre el abismo.

¿Y estos, qué son?, preguntará David sorprendido por el dibujo de su hijo. Esas son las mariposas de mi sueño. ¿Soñaste mariposas? Muchas, que volaban, como la del río. ¿Había mariposas en el río? Sí, una; pasó cuando estaba recostado en el agua; no era pesada. ¿Liviana, quieres decir? Eso, era liviana, papá; me gusta cómo volaba; podía subir todo lo que quisiera, liviana.

Bajarán de la roca con cuidado. David está asombrado; parece un dibujo de alguien más grande. Víctor sentirá, a cada paso, su cuerpo leve, como cuando estaba recostado, flotando en el río. Jugará con esa sensación, saltará desafiando su propio peso para siempre caer otra vez.

Panichota

No es necesario cazar hoy, le dijo a su esposa cuando terminó de comer. Señaló las reservas de comida. ¿Puedo ayudarte en algo de casa? Esto no es casa; nuestra casa está hecha tierra, se la llevó el viento, dijo su esposa, sentada al lado de la hoguera. Su hijo, con la perra en las piernas, los miraba. Esta es nuestra nueva casa, dijo Panichota. Es nuestro refugio, no nuestra casa, respondió ella. ¿Qué nos hace falta?, nada nos hace falta. Nos hace falta el techo, Panichota; nos hace falta el lugar en que estuvimos toda la vida; esto no es una casa. Panichota guardó silencio, se arrodilló y la besó en la frente. Luego la abrazó con fuerza y dijo, Esta es mi casa; huele a tu sudor cuando te abrazo, huele a tierra y se escucha el río. Hasta los osos necesitan un techo, le respondió ella, y aquí no hay eso. ¡Estamos en guerra!, los osos no hacen guerra. Hoy no necesitamos nada, Panichota; descansa. Por un día, descansa. Ayúdame a tejer. Hoy tú tejes y yo me encargo de esta, tu casa, le dijo su esposa alejándose hacia las demás mujeres.

Panichota tomó el tejido y caminó hasta el borde del Peñón. Se sentó para seguir el tejido de la manta. Cruzó sus piernas y estiró su espalda. La piel de sus anchas manos tenía la dureza de las plantas de tierra fría, no la suavidad de sus flores. Puso delante de sí la manta y tomó los hilos con sus toscos dedos. Acompasó su respiración para concentrarse; debía hacer cada nudo con cuidado para lograr la calidad de todas las mantas, su larga vida, su belleza. Sintió el hilo en la gruesa piel de sus dedos, sintió su textura, jugó con él un rato. Cerró los ojos, pues lo que venía era casi una meditación; tenía la misma importancia de escuchar a los abuelos, porque cuando se tejía se escuchaba a la madre, y, si no, el silencio en el que habitaban todos los sonidos.

Se hizo consciente de torrente del río y de su caída sobre las rocas. Se hizo consciente de la temperatura del lugar que había elegido, de la comodidad del lugar en el que estaba sentado. Se hizo consciente del canto de los pájaros y del fluir del sonido de las hojas de los árboles, que se acariciaban y cantaban como si tuvieran envidia del canto del agua. Luego sintió la textura de la piedra y del musgo, paisaje en miniatura sobre la roca del Peñón. Miró el cielo y se hizo consciente de su color. Miró sus manos y se hizo consciente de su piel y de sus uñas y de sus heridas. Miró el horizonte y las columnas de humo que desde hace días teñían el cielo con un color ajeno. Cuando se hizo consciente de todas estas cosas, solo entonces, comenzó a tejer.

Une las dos hebras y aprieta. Se cuida del orden de los distintos nudos, se cuida de que queden con la tensión que es. Con el primer nudo, pone especial cuidado en la forma. Con el segundo, se preocupa de aprehenderla bien. El tercero se lleva un pedazo de su consciencia; nudo a nudo tan solo va quedando su concentración. Cada nudo limpia un poco más su mente, como si se llevara los pensamientos de la mente al tejido y ahí los guardara, los purgara, los vaciara y les diera forma material. Se convierte en una manta con el significado del viaje y del dolor de cambiar de lugar, como si fuéramos plantas y echáramos raíces en aquellos lugares en que hemos vivido, pero otro tipo de raíces. Y así se vacía su cabeza.

Le quedó limpio el oído, libre de pensamientos y reflexiones. La mirada, inocente, sincera, tranquila. Su respiración, tan fluida como el río. No escuchó las conversaciones alrededor de las hogueras, no reparó más en las columnas de humo ni en la caída de los árboles ni en el arrítmico golpe de las hachas. No recordó el bareque, y si lo recordó no generó en él tristeza; todo pasaba de sus sentidos a la manta, a cada nudo, como si dibujara, como si escribiera la historia de su pueblo, como si escribiera el presente, el continuo presente que tan solo quedaba atrapado en aquella manta.

Nudo. La textura del bareque al contacto de sus duras manos. Nudo. El fuego que encendía el bareque. Nudo. El tiempo que ayudaba al fuego a saciar su hambre de todo. Nudo. Abandonar el lugar en el que vivió desde su niñez. Nudo. La destrucción de sus sistemas de riego, de sus cultivos. Nudo. La armadura de los zuhás, el olor de su piel bajo el sol y el calor. Nudo. El olor del bagre. Nudo. La voz de las mujeres que cantaban. Nudo. Su propia piel bajo el agua. Nudo. El color del cielo que amanecía. Nudo. La brisa. Nudo. Su cuerpo. Nudo. Nudo. Nudo...

Así Panichota tuvo su último momento de absoluta tranquilidad, hasta que no pudo evitar oír la conversación de Chaicu y el viejo. Entonces lloró, porque también entendía las palabras del abuelo. Nudo. No se permitió seguir llorando, a pesar de saber lo que les esperaba. Cuando guardaron silencio, Panichota pudo continuar.

Pasó su mano sobre la superficie de la manta. Era perfectamente lisa, excepto por un nudo mal hecho cientos de puntadas atrás. Sabía que debía destejer la manta y comenzar de nuevo desde aquel punto. Así que destruyó lo que había hecho y volvió a llorar, porque fue como si no quedara otro remedio que desandar el camino ya hecho, desandar cada uno de los recuerdos, desaprender minuciosamente cada uno de los nudos hasta llegar a aquel nudo mal hecho y corregirlo como si de eso dependiera la vida, su vida, y la lisa textura de la manta que tejía con

sus propias manos maltratadas. Pero no podía deshacer su propia historia. Tan solo podía deshacer la manta que tenía entre sus manos, sus gruesas y cuidadosas manos de cazador que captura y teje el tiempo dentro de una manta.

VI

Suena la motosierra a medida que te escribo, esta vez a ti y a tu sombra. Veo cómo caes a pedazos. No gritas, no lloras, no te lamentas, o quizá te lamentas y no escuchamos tu voz profunda.

Llegaron alrededor de las ocho de la mañana y cercaron el lugar. Dicen que tenías una enfermedad que te haría podrir por dentro; dicen que tenías una herida por la que entró una infección imparable; dicen que ya no había vuelta atrás. Dicen que tu cuerpo se abriría en cualquier momento, que se quebraría, y entonces sería aún peor que hacerlo ahora. Dicen.

Sangras como cualquiera de nosotros. Salgo y encuentro tu cuerpo en cientos de pedazos; de todos chorrea tu sangre blanca. Sigues en pie. Serán tres días de trabajo hasta que de ti ya no quede nada. ¿Quién fue el culpable de esa enfermedad que te albergaba? ¿Quién trozó tu raíces y te condenó a la muerte? Dicen que hay médicos que curan las enfermedades de los árboles. ¿Por qué a ti no te curaron?

Al cabo de tres días solo guardarán tus raíces, hechas madera descascara-da. La luz que entraba era cálida; tus ramas daban sombra, tus hojas desviaban el viento frío que soplaba, hacían de paraguas. Ahora ya no quedará nada. Ya no habrá el canto de los pájaros, ya no habrá la sombra cálida sino luz indiscrimi-nada. Sentiremos un vacío, una invisibilidad que nos extrañe. Algo en nuestra vista incomodará, y será tu ausencia. Pero nos acostumbraremos, como siempre lo hemos hecho.

Ana

Se sentará a la mesa y recordará
«con este poema no tomarás el poder» dice
«con estos versos no harás la Revolución» dice
«ni con miles de versos harás la Revolución» dice

y más: esos versos no han de servirle para
que peones maestros hacheros vivan mejor
coman mejor o él mismo coma viva mejor
ni para enamorar a una le servirán

no ganará plata con ellos
no entrará al cine gratis con ellos
no le darán ropa por ellos
no conseguirá tabaco o vino por ellos

ni papagayos ni bufandas ni barcos
ni toros ni paraguas conseguirá por ellos
si por ellos fuera la lluvia lo mojará
no alcanzará perdón o gracia por ellos

«con este poema no tomarás el poder» dice
«con estos versos no harás la Revolución» dice
«ni con miles de versos harás la Revolución» dice
Y aún así, se sentará a la mesa y escribirá.

Con su bolígrafo de punta fina escribirá el poema para recordarlo. El lugar más seguro es su memoria. Escribirá luego una carta a su abuela; escribirá *Raquel* con especial cuidado; al hacerlo recordará que su abuela le enseñaba la escritura, le enseñaba la figura de cada letra, y luego cada palabra. Si escribes árbol, allí estarán todos los árboles contenidos. Si escribes casa, será la palabra que te dará un resguardo donde te haga falta. Podrás escribir abuela, y estaré yo, y quizá, si te alcanza la memoria, recordarás mi rostro, mis ojos, y te recordarás a ti misma

como esta niña, la nieta; sabrás que yo te cuido. Y así como a ti, hubo antes quien me abrazara y me cuidara y me llamara nieta, desde mucho tiempo antes.

Luego escribiré *abuela* en una carta al pasado, a la imagen de las fotos que traje desde Bogotá, huyendo de la dictadura y la muerte; huyendo también de sí misma y de su soledad. La carta dirá,

Raquel, abuela,

soy tu nieta y te escribo desde lejos. Mamá murió hace un tiempo. Estoy sola. Tus palabras dan vueltas en mi cabeza y no me dejan en paz. No quiero ser la última nieta. En la ciudad hay muertos y tengo miedo. No miedo de que me maten, quizá porque una nunca se imagina que la muerte esté tan cerca, sino miedo del olor a pólvora y a sangre, que conocí tan de cerca en la dictadura. Miedo de que se repitan las torturas en la Plaza de Bolívar para aterrorizar a la gente, miedo de que se repitan las matanzas, miedo de ver la imagen de mi padre muerto de nuevo en el rostro de cualquier otro padre.

No dejo de pensar en ti. No dejo de pensar en lo que me decías de los violines y de su naturaleza trágica cuando la música sonaba lento. Por eso decidí comprar el violonchelo. Pensé que así no sería triste tocar tus partituras, porque entonces no recordaría tus manos moviéndose con delicadeza, ni tu cabeza levemente inclinada hacia tu hombro izquierdo. Decías que así se recostaba la tu vieja abuela Raquel sobre el pecho de tu abuelo, y que el gesto, así como tu nombre, era heredado. Ahora te escribo desde la cabaña, al lado de la hoguera. No hay quien me abraze como tú lo hacías. No hay quien cante canciones y vele mis ojos abiertos. Anoche soñé contigo. Fue un sueño raro, distinto a todos los sueños que recuerde. Soñé contigo y tus violines. Soñé que caía. Desperté antes del golpe. Desperté y pude ver este paisaje hermoso, y que en este momento es todo lo que me queda de ti, además de las fotos. Aquí no necesito Monserrate oculta por los edificios del centro de Bogotá.

Esta mañana tiene algo que no logro descifrar. Me hace pensar tanto en ti, en tu piel gastada por el tiempo, en tu piel llena de sombras y pliegues.

Más tarde iremos a la cima. Pensaré que vuelvo a tu rostro recostado y melancólico, que vuelvo al pasado y huyo de este presente que lo devora todo a su paso. ¿Recuerdas cuando me contabas historias de tus abuelos allá en la cima, mirando al horizonte? ¿Qué futuro podrá esperar este país, qué será de esta nieta sin su abuela? Prometo pensarte arriba, en la cima, a ver si este futuro cobra algún sentido con tu recuerdo.

Firmará aquella carta sin destino. La guardará entre las fotos de su abuela. Irá hacia la estufa y pondrá a calentar agua para hacer café colado. El agua se calienta mientras Ana mira al interior de la olleta. Afuera, sobre una roca, Víctor dibuja y David se toma un café. Víctor le muestra el dibujo a su padre; él lo toma entre las manos y lo mira, concentrado. Ana verá cómo bajan de la roca y caminan hacia la cabaña. Víctor salta emocionado. Quisiera tener un hijo. Pensará entonces en Carlos y en esa revolución de la que hablan; ¿no resultará solo en más muertos? ¿Sucederá algún cambio? Ella no lo cree. Quisiera ahorrarse tanto dolor; que no hubiera necesidad del sufrimiento para llegar a entenderse. Después de una interminable guerra vino la paz, y como eso no gustó vino entonces la dictadura, y como es no gustó entonces vendrá esta revolución de la que hablan, una lucha sin fin. ¿Contra quién? Todos contra todos. Nunca llegará realmente la paz, pensará mientras las burbujas comienzan a estallar en la superficie. Se abrirá la puerta y entrará Víctor con su risa que todo lo limpia.

Chaicu

Vio otro árbol caer en el campamento de los zuhás. Ese no era su territorio; tumbaban los árboles para despejar el terreno y tener mejor visibilidad. Sus estrategias de ataque resultaban mejor en un espacio abierto, y no entre los árboles donde los indígenas se podían esconder para matarlos. En otros lugares, campamentos enteros habían terminado masacrados por la ventaja que los indígenas tenían en su territorio. Por eso los zuhás habían aprendido a adaptar el terreno a sus necesidades y no viceversa.

El hueco del bosque se hacía cada vez más grande. Eso no podía significar más que el hecho de que estuvieran llegando nuevas tropas. Estaban creciendo en número para entrar al Peñón, aunque Chaicu sabía que tenían cierta seguridad y confianza en que la entrada del Peñón, aunque Chaicu sabía que tenían cierta seguridad y confianza en que la entrada del Peñón era lo suficientemente estrecha y que no podrían entrar cientos de zuhás al mismo tiempo; tendrían que entrar en fila, lo que les daría tiempo para atacarlos desde el borde del Peñón como ya lo habían hecho. El viejo se devolvió por el camino hasta la entrada; Chaicu se quedó allí, inmóvil, más inmóvil que los árboles y las plantas que crecían sobre la piedra, pues a él no lo movía el viento como a la superficie del río.

El sol secaba el achote de a pocos. Sentía cómo se formaba la roja costra sobre su pecho. No se dio cuenta de lo que había hecho hasta que miró sus dedos; el achote no caería de su piel en varios días, así como la pintura con la que las mujeres pintaban los cuerpos. Quedaría con una marca roja desde su hombro izquierdo hasta su ombligo, camino de sus dedos para deshacerse de la pintura.

Era extraño aquel espacio despejado de árboles entre el frondoso bosque que no había visto nunca un árbol caer más que por su edad o su tamaño. Había árboles que los zuhás nunca podrían tirar al suelo; se necesitaban más de veinte, con los brazos abiertos, tan solo para rodear su tronco. Las fogatas los ayudaban a hacer del suelo un lugar menos húmedo y tan lleno de maleza. Así las hormigas pasaban menos por el campamento, porque cuando se metían en sus lorigas y armaduras era un escozor desesperante, sobre todo cuando se trataba de aquellas hormigas que tenían el tamaño de sus pulgares. Habían quienes morían, a quienes tenían que quitarles alguna extremidad por el dolor y la necrosis de sus piernas, quienes se desmayaban después de varias horas o, a veces, de varios días. Con los indígenas no era distinto, pero como andaban casi desnudos y pendientes de los caminos,

era extraño que los picaran las hormigas e incluso las garrapatas. Además, aquella pintura los protegía de mosquitos y otros bichos. Cuando debían dejar el bareque, pintaban todo su cuerpo para el viaje.

Los zuhás se sentaron a desayunar. La carne vieja y cruda la tiraban a los perros que la trituraban y quedaban con su pelaje ensangrentado y duro. Chaicu vio cóndores que se acercaban al campamento zuhá, en busca de cualquier pedazo de carroña; la presencia de los zuhás los hacía desistir de bajar a robarse un trozo de carne. A su lado pasaron algunos mosquitos hacia los zuhás, y un gusanito rojo que estaba a sus pies y que tan solo usaba los extremos de su cuerpo para moverse, y entonces se volvía una raya, luego un arco, luego una raya otra vez, así: *_n _n _n*. Chaicu se devolvió a la entrada y pidió un arco y un garrote a los guardias. Como lo conocían y confiaban en él, le dieron lo que pedía. Debían ser cuidadosos, pues había espías que usaban las armas para protegerse de los mismos indígenas. Ya habían intentado entrar un par de veces espías que estaban contra la insurrección, pero los guardias se daban cuenta del engaño porque sus cabellos llegaban impregnados del olor de las fogatas y asados de los zuhás, y su boca llegaba oliendo a carne y sus manos con el olor de los perros sucios de tierra con sangre seca. No era fácil definir si arrojarlos por el abismo o marcarlos y dejarlos ir de vuelta con los zuhás; finalmente, si no servían de espías los pondrían a hacer trabajos, los violarían o los matarían; quizá era mejor el salto y nada más.

Chaicu bajó. Quería ver el bareque después del incendio. Iba con cuidado, pues podía haber zuhás o espías en el camino. Escuchó un grito a sus espaldas. Era Panichota; quería ir con él. Chaicu recordó a Chirica, y entonces le dio a Panichota un abrazo, ofreciéndole su apoyo. Tomaron camino hacia los zuhás.

Víctor

Mirará el Peñón una vez más antes de entrar a la cabaña. Hay varios caminos por los que se puede subir; el camino del norte parece escondido entre el alto césped; el camino del medio es subiendo por el río, saltando de piedra en piedra; el camino del sur es un sendero hecho de piedras y queda entre los pinos que se mecen de lado a lado y se adentra al interior de la montaña. Entre los árboles Víctor verá tres personas que salen del sendero de piedra. ¿Quiénes son ellos?, preguntará. Son Carlos, el señor que cuida la casa, y dos obreros de las minas de carbón. David se arrepentirá de la improvisada respuesta, pues ya le había dicho a Víctor que esas minas ya no funcionaban. Pero Víctor tan solo seguirá su camino hacia la cabaña.

Al abrir la puerta verá a Ana junto a la estufa, cuidando el agua del café. Le pedirá a David su dibujo, lo estirará entre sus manos y sobre su cabeza para que Ana no lo vea, y comenzará a explicarle, Este de acá es el cielo, y esto es la montaña; estos son los árboles que se ven allá al fondo junto a las piedras grandes, y pues estas son las piedras grandes donde estábamos sentados con mi papá; y estas son las mariposas. ¿Qué mariposas? Como la que pasó volando cuando estábamos en el río.

Emocionado, le dirá a Ana que lo acompañe a buscar mariposas. Ana terminará de verter agua sobre el filtro con una cucharada de café en su interior, y le dirá a Víctor que van a subir al Peñón, así que no hay tiempo. Víctor mirará a David, que lo mira con una sonrisa; le dará permiso de salir. Pero no se pueden demostrar más de una hora, porque toca subir temprano. ¿Tú no vienes, papá? No, Víctor; yo me quedo haciendo los frijoles y el arroz para comer arriba. Ana sacará de un cajón unos pedacitos de plástico rojo para amarrar en los árboles y no perderse. Víctor saldrá entonces de la mano de Ana rumbo a la carretera.

Subirán por el camino de tierra. Aquí no hay mariposas, dirá Víctor; las mariposas están en medio de la selva. Pero aquí no hay selva, responderá Ana, entonces lo llevará fuera del camino de tierra hacia el bosque de pinos, que cada vez se hace más denso.

La vegetación cambiará a medida que suban hacia la carretera. Los troncos de los árboles serán más musgos y el suelo se hará más suave, como si fuera una cama de hojas que guarda el agua de todas las lluvias. A Ana le costará seguirle el ritmo a Víctor; a medida que caminan hacia dentro debe ir amarrando las banderitas rojas en los árboles para no perderse, como le enseñó su abuela. Hará más frío

y el ambiente se pondrá mucho más húmedo. Víctor no lo notará, por estar tan concentrado en la búsqueda de las mariposas. Escuchará el canto de un pájaro que no había oído antes, y entonces se dará cuenta del lugar, casi nuevo, en que se encuentra. Sentirá con sus manos las gotas de agua que se acumulan en los troncos y en el suelo, y se dará cuenta de su ropa empapada. Mirará hacia atrás; allí está Ana siguiéndolo como puede.

Víctor subirá un pedazo de bosque empinado, agarrándose con sus pequeñas manos de lo que sea que sirva para agarrarse (raíces de árboles, troncos, ramas) hasta alcanzar un claro al que los árboles parecen no haber llegado. Desde allí podrá ver, al oriente, la carretera que viene de Bogotá y sigue al norte; podrá ver todos los peñascos que se levantan del suelo y podrá ver la cabaña de madera, pequeña a sus ojos. Ana ya le ha dicho varias veces que se devuelvan, pero al subir a la cima quedará maravillado con el mirador que ha encontrado Víctor en lo alto de la montaña.

Víctor no se dará cuenta de las columnas de humo ni de aquel olor a carne chamuscada ni de la mirada de Ana, fija en la carretera que los trajo de Bogotá. No se dará cuenta porque pasa una mariposa volando, leve, que sube y baja, engañando al destino, porque tan solo ella decide hacia dónde va. No se dará cuenta del aviso de Ana, que le dice, Vámonos ya, porque su mirada se irá con esa mariposa que tiene una línea roja que la atraviesa de lado a lado, haciendo resaltar su color. La mariposa desciende por el bosque; Víctor, sin mirar las banderitas rojas, recorrerá el camino de vuelta siguiendo a las mariposas, que ahora son dos que juegan entre sí como su bailaran entre las ramas.

Víctor no se dará cuenta de que han vuelto a las plantaciones de pinos. Las mariposas se alejarán volando al cielo. Llegará al camino de tierra y sentirá cómo Ana lo hala para que vayan más rápido. Trotará para igualar los largos pasos de Ana, pero su mente vuela con las mariposas, con el aletear de sus coloridas alas que bailan con el viento, sin detenerse más que para posarse sobre una rama, una hoja, una flor abierta, y entonces mover sus alas con lentitud, abriéndolas y cerrándolas pausadamente para no perder la caricia del viento, para no olvidar que su elemento es el aire y que, cuando quieran, pueden levantar el vuelo una vez más.

Panichota

Le entregó la manta a su esposa, deshecha y vuelta a hacer nudo a nudo. Ella la recibió entre sus manos abiertas, la puso contra su pecho y olió la maleza y la corteza de árbol que traían siempre las manos de Panichota. No avanzaste mucho, le dijo. Había un nudo mal hecho. Tomó las manos de su mujer entre las suyas y las apretó con fuerza y las llevó hacia su nariz y sus labios para oler el perfume a humo y a leña y a cabello de mujer, y sentir su piel contra los labios.

Tomó sus armas y caminó hasta la entrada del Peñón. Se cruzó con el viejo que conversaba con Chaicu. Pasó a los guardias y bajó por el sendero; vio los dibujos, pero Chaicu ya no estaba allí. Bajó hasta que lo vio y le gritó que lo esperara. No quería que la historia de Chirica se repitiera si él podía evitarlo. Panichota tomó la delantera con su lanza en mano. No vieron ningún espía o zuhás en el camino; fue un descenso tranquilo, también por el viento que soplaba suave y el silencio que permitía escuchar los sonidos más leves desde lejos. Alcanzaban a escuchar el río que bajaba a la mitad del Peñón y que golpeaba las grandes rocas a su paso. Oían también el ruido de los cóndores con su canto y sus grandes alas, a la espera de una oportunidad para robarse un trozo de carne del campamento de los zuhás.

Llegaron a las faldas de la montaña y caminaron por la entrada de las mariposas. Caminaron con sigilo, siendo observados tan solo por los árboles y los animales de aquel sendero que atravesaba el bosque. Era un ambiente frío y húmedo que no dejaba pasar los rayos del sol hasta el suelo. Por esta razón se dieron cuenta dónde comenzaba el campamento de los zuhás; vieron el claro lleno de luz de sol, que se encontraba delante de ellos. Iban descalzos a diferencia de los zuhás; escuchaban el ruido de sus armaduras. Sus cuerpos olían a bosque; los perros sentían más el sudor de sus amos que el de la misma tierra bajo sus pies, el olor de los desperdicios de comida, de los desechos que los zuhás dejaban alrededor de todo el campamento.

Ahora el espacio sin árboles era mucho más grande de lo que habían podido ver Chirica y Panichota la última vez que habían estado allí. Había más carpas y muchos más zuhás con sus armas y armaduras, haciéndose dueños de ese territorio. Rodearon el campamento con la mano lista para disparar sus flechas envenenadas a la menor amenaza. Pudieron ver desde lejos el brillo de sus armaduras y de sus espadas; pudieron ver las cruces, las banderas y los estandartes; pudieron ver las mallas de metal y las sotanas. Habían llegado muchos más soldados; eran,

por lo menos, tres veces más. Se estaban preparando para la batalla. Vieron también indígenas que comían carne junto a los perros, espías o trabajadores que suponían que esa era la mejor manera de sobrevivir dentro del nuevo orden que se apoderaba de sus tierras.

No había mucho más que ver, así que se lajearon hacia el oriente del campamento, es decir el lugar por el que llegaban las nuevas tropas de los zuhás. Subieron entre los árboles, sintiendo cómo se hundían sus pies en el suelo lleno de agua fría.

Chaicu fue el primero en ver los escudos zuhás de la nueva tropa que llegaba desde la capital. Debemos avisarles lo más pronto posible, dijo Panichota, y comenzaron de inmediato el descenso. Hicieron un largo rodeo para pasar por el lugar en que solía estar el bareque. Bajaron sin cuidarse tanto del sigilo de sus pasos, pues en aquel suave suelo sentían estar caminando entre nubes.

El suelo estaba lleno de cenizas y restos carbonizados de las viejas construcciones. Los sistemas de riego estaban completamente destruidos y las plantaciones saqueadas. La tierra parecía muerta. Panichota se agachó y tomó un trozo de tierra; una hormiga luchaba por salir de entre las cenizas. Con sus manos limpió el suelo hasta que vio aparecer los pequeños hoyos del hormiguero sepultado por madera, tierra y plantas quemadas. Quitó los palos y las ramas negras y después de un momento las hormigas salieron buscando el aire que desde hacía horas les faltaba. Abrió un sendero entre las cenizas hasta donde comenzaba de nuevo el bosque para que las hormigas pudieran salir.

Esta vida no vale la pena, pensó Panichota mientras miraba cómo las hormigas buscaban caminos en todas las direcciones sin tomar el sendero que había abierto para ellas. Seguirán quemando nuestros hogares, seguirán sacándonos de nuestras tierras hasta que hagamos lo que ellos quieren y vivamos de la manera en que ellos quieren que vivamos. Y quizá ni siquiera entonces estemos en paz porque viviríamos un mundo ajeno que ya no es el nuestro, sino el mundo de los zuhás.

Las hormigas empezaron a comunicarse con sus antenas y entonces tomaron el sendero que las llevaba hacia el bosque nuevamente. Chaicu y Panichota tomaron el camino que los llevaría de vuelta al Peñón.

VII

Hemos soñado siempre con máquinas del tiempo para cambiar el rumbo de la Historia. Haber evitado el holocausto, la creación de la bomba, la Primera Guerra Mundial. Hemos soñado incluso con curar nuestras más íntimas heridas; corregir una caricia, un gesto, una mirada que resultaría en el recuerdo más presente de cierta persona. Y es así que nos quedamos soñando con lo que pudo haber sido; a cada momento corregimos el pasado en nuestra mente, mientras el río del tiempo nos sigue llevando constante y sin detenerse.

Esto que escribo será mi pasado; esto que vivo será lo que más adelante querré cambiar porque veré los errores cometidos, creyendo saber qué fue lo que debí haber hecho para tener un futuro distinto al que entonces tendré. Y ya no podré hacer nada para cambiarlo.

El único tiempo susceptible a la transformación es el ahora. Es ahora que puedo enderezar lo que ha de ser. Puedo decidir cómo el pasado me define, aceptarlo como parte de mi historia, y saber si aún puedo cambiar el rumbo de mis pasos, mi destino.

Debo preguntarme, entonces, qué es lo que puedo hacer ahora. Si no puedo corregir una caricia que ofrecí sin ser sincera, cambiar cierta decisión que luego resultaría en sufrimiento; si no puedo viajar en el tiempo y evitar un golpe, una palabra, un disparo, ¿qué puedo hacer ahora para cambiar el significado de las cosas?

Escribo como una pregunta a ese ahora que define el tiempo. No sé si me salvo de la ingenuidad o de la candidez, pero esta es mi propia máquina del tiempo soñada.

Ana

Acompañará a Víctor a buscar las mariposas. Tomarán el camino de tierra que los lleva a la carretera. Ana verá el monótono paisaje de pinos a ambos costados de la carretera; el suelo es sexo y café por las hojas de los pinos. Ana sacará las banderitas rojas y las irá amarrando a las ramas a medida que Víctor camina hacia la cima de la montaña. Lo verá mirar los delgados troncos de los pinos y sus secas ramas en busca de las mariposas.

El suelo es difícil de caminar; está lleno de hojas y ramas secas. Deberá esforzarse para llevar el ritmo de Víctor entre los árboles hasta que lleguen a la cima de aquella pequeña montaña cubierta de pinos. Desde allí podrá ver la carretera que viene de Bogotá. Víctor ha visto finalmente dos mariposas que vuelan entre los pinos y juegan con el viento, y por eso no escuchará la voz de Ana que le dice, *Vámonos ya*, pues ha visto una tropa militar que se acerca por la carretera.

Víctor recorre el camino de los banderines más rápido de lo que puede hacerlo ella, así que acelerará el paso para alcanzarlo en la carretera de tierra. Lo tomará de la mano y le dirá, *Camina rápido*; tengo que decirle algo urgente a David.

Atravesarán la quebrada con un salto e irán corriendo hacia la cabaña, cuidándose de no pisar las colonias de hormigas que hay cerca de la quebrada. Abrirá la puerta de la cabaña sin tocar. *¿Qué pasó?*, le preguntará David. *Tenemos que irnos ya*; por la carretera viene un batallón del ejército. Pero, *¿cómo sabes que vienen hacia acá?* No sé, pero no nos pueden encontrar en esta cabaña. Aquí Carlos ha guardado siempre cosas para los de la montaña.

Alistarán las maletas con carpas y ropa en caso de que no puedan bajar, llevarán el almuerzo y una pequeña estufa con alimentos enlatados para cocinar. Carlos llegará en ese momento; también ha visto a los militares en la carretera. Quitará una tabla del suelo y sacará una pistola; del armario de la sala, dentro de un baúl, sacará un par de ametralladoras. No se dirán nada; Carlos sabe que debe irse, y Ana sabe que no vale la pena decirle nada. Guardará las fotos de su abuela y la carta entre las bolsas llenas de ropa dentro de su maleta. Llevará también botellas llenas de agua, los filtros de café. Guardarán fósforos, cobijas, binoculares, aislantes.

Afuera, a unos metros de la cabaña, Carlos habla por celular y mira hacia la cima del Peñón. Hace señas. Los perros están a su lado. El sol alumbra las altas paredes de piedra e ilumina el cielo de azul; las nubes se hacen tan brillantes que

es difícil mirarlas sin entrecerrar los párpados. Los pinos que cubren el sendero de ascenso bailan con el viento y una llovizna inesperada refresca el ambiente seco.

Tomarán camino hacia el sendero del sur del Peñón. David va detrás de Ana, llevando a Víctor de la mano. Víctor está feliz porque por fin irán a la cima de aquella montaña. Ana sentirá su corazón acelerado, incontrolable. Sabe que por la carretera se acercan aquellos soldados que han matado y desaparecido en nombre de la dictadura; siente nostalgia de su abuela sin entender por qué está tan presente; quisiera estar dentro de su tibio abrazo y sentir de nuevo su piel arrugada y suave y su olor a casa, su olor a tranquilidad.

Caminarán al costado de las grandes piedras que comienzan a quedar atrás para darle paso a un nuevo paisaje. Se adentrarán en el sendero de piedra que atraviesa el bosque de pinos y desemboca en el costado sur del Peñón y que sube, estrecho, por su pared de roca. La vegetación allí es distinta, como si flores y plantas vivieran tan solo de la roca; los pinos lo secan todo. Las verticales paredes solo los dejan ver el cielo, hasta que llegan a una curva que anuncia la entrada al Peñón, y que en sus paredes guarda viejas pinturas de color rojo. Ana las mirará fijamente, intentando adivinar las manos que las dibujaron siglos atrás, imaginando la pintura roja capaz de durar siglos en la dura roca sobre la que ahora llevan sus pasos.

Chaicu

Veía cómo se iban sumergiendo entre las copas de los árboles que se mecían como olas, adentrándose en el frondoso bosque a la falda de la montaña como al mar. Sintió el cambio de clima; el frescor del aire que viajaba entre las ramas, tan cargado de humedad que obligaba al cuerpo a respirar distinto. Panichota lo guiaba a través de un sendero en medio del bosque por el que Chaicu veía a su compañero moverse en la estrechez del camino entre los árboles, y le recordó los movimientos del jaguar cauteloso que avanza como si, más que cazar, jugara a no ser escuchado. Las mariposas inmóviles reforzaron la imagen de quietud dentro del bosque; tan solo una levantó vuelo entre tantas para posarse sobre una flecha que llevaba Panichota a su espalda. Sus alas eran azules como el cielo y las flechas eran cafés como la tierra pelada en el campamento zuhá.

Chaicu veía pasar el bosque a medida que caminaba sin dejar de imaginar la deforestación que le esperaba si los zuhás ganaban la guerra y seguían haciendo del mundo un objeto para sus necesidades, en vez de adaptarse al mundo en el que estaban. El campamento sobre la tierra desahuciada era cada vez más grande, y dentro de él se podía sentir cada vez más ese olor tan particular que cargaban los zuhás con sus tropas adondequiera que iban.

Siguieron el camino rodeando el campamento, hasta que comenzaron a subir de nuevo entre los árboles. La agilidad de Panichota hacía que Chaicu tuviera que trotar para alcanzarlo, saltando entre grandes raíces y agarrándose de cuanto pudiera para ayudarse a subir. El suelo era como una suave alfombra, mojada y profunda, que se hundía bajo cada paso, lo que hacía difícil el avance.

Panichota fue el primero en llegar a la cima. Chaicu llegó cuando él ya estaba sentado en lo alto, mirando las columnas de humo que salían del campamento cargadas de olor a carne quemada. No se sentó a su lado, sino que miró todo el derredor de la pequeña cima sobre la que estaban. Al occidente veía el Peñón, imponente; al norte, el bosque se extendía y se juntaba con el cielo. Hacia allá estaba la comunidad de los simijacas. Al oriente pudo ver más montañas. Al mirar al sur le dijo a Panichota, asustado, Vienen nuevas tropas; son más numerosas que todas las que han estado llegando. Con seguridad atacarán mañana. Debemos avisarle a la gente y preparar las armas.

Se pusieron de pie y bajaron de inmediato la montaña; de nuevo Panichota guiando el camino hacia el viejo bareque seguido de Chaicu que todo miraba, como

si quisiera encerrar el mundo dentro de sus ojos; ese era su deseo, y pensaba que si hubiera podido hacerlo desde siempre, ahora tendría un sitio al que huir de tanta muerte. Bastaría mirar dentro para encontrar su vieja casa, el manto que habían quemado en el incendio. Bastaría mirar dentro para ver los árboles caídos de nuevo en pie y los viejos huertos ahora quemados, las casas de bareque de nuevo construidas entre las cenizas y los escombros. Pero ya no recordaba. No podía evocar el olor que siempre creyó tan particular dentro de su casa, no podía evocar el suelo por el que antes caminaba cada mañana. Tan solo quedaba la destrucción frente a sus ojos, el suelo lleno de cenizas, la vida llena de ausencia y de silencio, porque el canto de los pájaros ya no estaba cerca.

Chaicu llamó a Panichota, que estaba agachado entre las cenizas. Retomaron el camino al Peñón tan cerca de la roca como les fue posible. Atravesaron a nado el río y caminaron por detrás de las piedras grandes. Llegaron al sendero entre los árboles y emergieron de aquel mar verde que los resguardaba del sol.

Esta vez Chaicu asumió la delantera, pues Panichota era más indicado para cuidar la retaguardia. Sus ánimos reducidos a las cenizas del bareque los hacían subir a paso lento, así como las hormigas, indecisas, no sabían qué hacer sin su vieja casa. Chaicu se detuvo ante las pinturas rojas, esta vez sin imaginar que estarían allí durante cientos de años después de su muerte.

Víctor

Saltará la quebrada débil y estrecha que avanza con dificultad por su cauce. Ana soltará su mano para entrar a la cabaña, avisándole que tenga cuidado con las colonias de hormigas. Víctor se detendrá para mirarlas de cerca y con un dedo jugará a tapar los huecos hasta que una hormiga se asoma y lo mira. Las nubes se mueven con lentitud. Víctor escucha el delicado sonido de la quebrada mientras mira a la hormiga que a su vez lo mira desde la entrada de su hormiguero. Acercará un palo hacia la hormiga sin que ella se mueva de la entrada. Escuchará entonces a David llamándolo a la cabaña. Arrojará el palo al pequeño cauce de la quebrada. La hormiga lo ve alejarse hasta la cabaña y entonces sale de su hormiguero.

Ayudará a su padre a guardar un libro y unos pedazos de leña para una fogata, y enseguida guardará todos sus dibujos, sus hojas y sus lápices de colores. Saltarán con las maletas a sus espaldas. Víctor recogerá piedras del suelo que le gustan por su forma o su color, pensando que se lleva un trozo de esa tierra con él. Mirará debajo de las piedras, investigando con curiosidad. Enseguida lo olvida y sigue su camino. Él gira con el mundo.

Caminará de la mano de su padre hacia el Peñón. Como ya ha mirado bastante hacia el cielo y la cima de los peñascos, ahora mirará el suelo que pisa, y cómo se transforma a medida que camina. La tierra negra y húmeda se hace hojarasca seca, y luego piedra de montaña, como una bienvenida antes de entrar a ella.

Verá cómo Ana recoge su cabello suelto y cómo huele y mira de cerca las flores, cómo se detiene para mirar el paisaje que se hace infinito en el horizonte. Víctor jugará imaginando que el mundo entero es aquel paisaje de pinos y montañas, que no hay nada más, ni siquiera la Bogotá que en ese momento no recuerda, no por haberla olvidado sino por estar inmerso en aquel paisaje.

La pared de pinturas rojas no será más que un dibujo para Víctor. Recordará el libro del monstruo verde que se ensucia las manos y llena de rayas todas las páginas blancas. Se llama Trucas, y para él dibujar es un juego como cualquier otro, un juego con el que dibuja el mundo según su mirada. Pensará en qué es lo que los indígenas habrán querido dibujar en esas figuras abstractas. Algunas le recuerdan el cuerpo humano; hay otras que no logra definir. Quizá son dioses o animales o cosas que hablan de aquel mundo del que Víctor sabe tan poco.

Y entonces imaginará aquellos dioses y animales y cosas, y ya no estará solo en compañía de Ana y su padre, sino también de cientos de animales de forma in-

definida, indígenas que pintan con las manos rojas, dioses todopoderosos, aquel bosque húmedo que para él haría más bonitos todos los paisajes y, por supuesto, las mariposas.

Quedarán atrás el mural y las líneas rojas que dibujan el universo. Víctor atravesará la entrada del Peñón y verá cómo la piedra asciende hacia la cima. Allí detrás hay otro bosque y el suelo de piedra resguarda millones de pequeñas plantas que se ocultan entre las grietas de las rocas. El camino es difícil de ahí en adelante, pues el suelo, ahuecado, los obliga a dar pasos largos, saltar y descender, dibujando un camino sinuoso hasta la cima que es también abismo. La lluvia ha dejado pequeñas lagunas en las grietas; parecen una puerta de cielo y nubes, como si el cielo azul con nubes blancas se hubiera posado en aquel Peñón de roca gris y negra; también hay pequeños árboles y plantas que nacen y que Víctor adjudica a un nuevo mundo, un lugar en el que los bosques tienen su mismo tamaño y en el que hay miles de lagos en el camino; es de nuevo un gigante que camina entre grandes rocas.

El abismo se acercará a cada paso; Víctor irá de la mano de su padre, sintiendo miedo del vacío que se adivina. La llovizna dibuja un arcoíris que enmarca el horizonte que se asoma tras el Peñón. Todos se detendrán a mirar aquel terreno escarpado, lleno de pinos secos y de carpas de invernadero, con una que otra cabaña como la de Ana, que parece accidentalmente puesta en un cruce de caminos. Es lo más bonito que he visto, pensará Víctor mirando las grandes rocas pequeñísimas a la falda de la montaña, mirando la quebrada que apenas se adivina entre arbustos, mirando la profundidad en las paredes verticales salpicadas de moho y líquen y que bajan hasta el suelo, dándole a Víctor una sensación de vértigo que lo mareará y un miedo hasta ahora desconocido. Agarrará con firmeza la mano de David, quien, adivinando el miedo de Víctor, se pondrá en cuclillas y le dirá, No tengas miedo.

Panichota

Vio cómo las hormigas se alejaban adentrándose en el bosque. Hizo lo mismo que ellas, siguiendo los pasos de Chaicu, que llevaba los pies cubiertos de cenizas y hollín. Cuando se adentraron de nuevo en el bosque para llegar a las faldas de la montaña, los árboles ocultaron el yermo que solía ser bareque, como si todo fuera tan solo bosque y verdor y sol y aire que jugaba entre las ramas. Panichota no miró hacia atrás.

Si pudiera cerrar los ojos para caminar, lo habría hecho. Quería sentir, no ver, el bosque que lo rodeaba. Las raíces crecían libremente, adquirían las formas más bellas y deformes; parecían serpientes que se abrazaban y tejían entre sí una alfombra que cubría el suelo por donde caminaba. Entre las raíces se adivinaba la tierra negra, la que resguarda la vida; salían pequeñas plantas que crecían desesperadas en búsqueda de un rayo de sol. La humedad y el aire eran tan frescos que la corteza de los árboles nunca se secaba; no tenía heridas, a no ser un zarpazo de oso o de jaguar; las ramas de los árboles se enredaban en el tronco de otros árboles, uniéndose en un abrazo indisoluble, en un solo cuerpo. El sol, aunque fuera mediodía, no lograba atravesar la gruesa capa de hojas de las copas de los árboles, en las que a veces se podía ver un mono que saltaba de rama en rama y gritaba; el murmullo constante de los árboles era el telón de fondo sobre el que se dibujaban todos los sonidos, como en un lienzo que no termina jamás. Panichota casi sintió sus piernas desprendiéndose del suelo a cada paso, sintió el viento llevándose un poco de su aliento para soplar las ramas sobre las que se posaban las mariposas, invitándolas a volar.

El río calmó sus aguas y acarició la piel de Panichota mientras lo cruzaba. Las plantas y los peces jugaban entre sus pantorrillas y sus dedos. El sol, al salir a las faldas del Peñón, secó las gotas de humedad sobre su piel para devolvérselas al bosque, como si por cualquier medio quisiera retenerlo, devolverlo en el camino a aquella alfombra de serpientes amarradas. La lluvia mojó su cabello como al bosque, y, a medida que se acercaba al camino de piedra, la tierra se adhería a sus pies más pegajosa que nunca, más incómoda, más difícil de lavar.

Pasó de largo el mural, entró al Peñón y caminó hasta la cima saltando ágilmente cada grieta, esquivando los pequeños árboles y las hogueras de las familias. Chaicu se despidió y fue hacia su familia, a Fitatá, a la hoguera que los reunía. Con un grito, Panichota llamó a quien escuchara, y ellos llamaron a quienes estaba en

el bosque o en el río que quedaba detrás de las peñas. Los cinco mil indígenas se acercaron a Panichota para escuchar las palabras que traía. Panichota se paró sobre una roca para verlos mejor a todos. La perra, al verlo, caminó hacia él. Lamió sus pies untados de caminos hasta que escuchó el primer grito del mensaje que traía.

Es tiempo de prepararnos para la batalla. Venimos del campamento zuhá y de las cenizas de nuestro bareque; allí tan solo quedan hormigas sepultadas por los escombros, esperando que viento o lluvia se lleven las cenizas para abandonar sus colonias. Los zuhás cada vez tienen más terreno sin árboles, más carpas y hogueras, más carne y más indígenas en la esclavitud, comiendo con los perros. Son muchos más, y se acerca una nueva tropa con sus símbolos de batalla. Debemos poner las rocas al lado del abismo, alistar nuestras macanas y envenenar cada una de las flechas. Ellos llevan armaduras, pero nosotros estamos en este Peñón que nos resguarda. Subirán por el estrecho sendero, y allí nosotros tendremos ventaja. No atacarán de noche porque no hay luna, y las antorchas develarían su camino. Cuando vinieron anoche, bastaron dos piedras grandes para tirarles por el barranco. Alistemos lanzas; no podemos estar desprevenidos. Somos ejemplo para la región; los simijacas están en unas peñas como la que nos guarda. Si no pasan acá, no pasarán allá. Protejamos el mundo que nos heredaron nuestros ancestros.

Gritaron las quinientas familias con voces de batalla. Debían disponerse para proteger la vida y la dignidad heredadas. Todos sabían de los espías, de las mujeres violadas, de los hijos mestizos que les habían sido impuestos o que habían decidido matar para no criarlos. Recordaban el bareque, el bosque; todo eso era alimento de sus gritos de batalla.

Los gritos de las madres, de las mujeres jóvenes y de las abuelas, de los niños, de los muchachos que hasta ahora estaban aprendiendo a cazar, los gritos de los padres, de los que habían perdido a sus parejas, todos los gritos se hicieron uno solo que haría del silencio un gran peso dentro de cada uno de los cuerpos que miraban la figura de Panichota al borde de la montaña.

VIII

Reviso mis archivos. La literatura tiene la costumbre de hablar de lo plural desde lo singular. Cuando se habla de la soledad de un hombre, se habla de la soledad más que del hombre. La vida puede resumirse en un acto significativo porque la literatura está libre del tiempo que se materializa en la piel de las flores y de los humanos. En la escritura encuentro refugio, un refugio íntimo, y es allí donde encuentro la libertad de las palabras con las que construyo el mundo. Es allí donde me pregunto por la Historia y por el tiempo. Entre mis papeles hay un pequeño escrito. Dice:

*Caminé durante años para recorrer todos los caminos,
una pretenciosa búsqueda de lo que nunca había sido capaz de encontrar.
Dormí en todas las casas, comí de todas las cocinas,
supe el nombre de todas las cosas y caminé entre legos y sacerdotes.
Aprendí el color de todas las flores y toqué la corteza de todos los árboles.
Transformé todas mis dudas en certezas y dudé una vez más de cada una de ellas.
Mi piel se formó de sol y lluvia, enfermé y sané mil veces.
Besé todas las bocas, excepto la mía.
Recé en todos los templos y adoré a todos los dioses.
Fui inmortal hasta que busqué la muerte.
Destrocé ciudades enteras, construí los mayores imperios.
Lo hice todo.
Todo estuvo bajo mis pies y a todo renuncié.
En mi jardín las flores se siguen marchitando.*

Ana

Verá la cima desde la entrada de piedra del Peñón, caminando con cuidado entre las grietas. Se detendrá junto a Víctor y sentirá vértigo, no por el vacío, sino por el vasto horizonte que se extiende a sus pies. Seguirán subiendo hasta el punto más alto; desde allí pueden ver la cabaña. Ana descargará su maleta y sacará las botellas de agua; tomará un poco. Guardará las cobijas entre las grietas y colgará los binoculares de una de ellas. David mirará alrededor; verá a Carlos adentrándose en el bosque con los perros, en dirección a las minas. En el bosque hay leña seca; irá por ella para poder encender una fogata en la noche.

Ana se sentará con Víctor a mirar el paisaje, aquel horizonte de pinos, ganado, invernaderos y cabañas. Cerrará los ojos para sentir cómo sopla el viento, cómo suena entre las grietas y cómo, pese a tener los ojos cerrados, puede sentir la inmensidad de lo que les rodea. El aire huele distinto allí arriba, el sol calienta con cariño, como si fuera una caricia, a diferencia de cómo lo hace en Bogotá. Aquella sensación de paz calmará a Ana, que respira ahora con un ritmo lento, permitiendo al aire recorrer sus pulmones cuidadosamente, cargado del olor de los pinos y de las flores, de la frescura del río y de las grietas entre las rocas.

Se concentrará en esas sensaciones tan antiguas como el hombre, olvidándose del tiempo y del Peñón, porque tan solo sentirá su cuerpo en el mundo. Entonces imaginará a su bisabuela vestida de ruana y sombrero, azadón en mano y alpargatas, arando la tierra, plantándola, regando la huerta, recolectando. Sentirá sus manos gruesas, sus arrugas, podrá sentir la textura de la tierra impregnada de su piel. Sentirá su olor a leña y la tranquilidad de abrazar aquel cuerpo entre sus pequeños brazos de niña.

Pero el viento dejará de soplar y Ana recordará el dolor del desplazamiento, el dolor de su bisabuela llevando a su hija bajo la ruana, pisando el suelo de cemento con sus alpargatas, sin azadón ni tierra que cultivar. Abrirá los ojos; Víctor está asomado en el borde del Peñón. Lo agarrará de la chaqueta y le dirá, Ten cuidado. Víctor la invitará a mirar. Ana gateará hacia el borde y mirará hacia abajo. Allí hay una pequeña superficie sobre la que podrían sentarse a mirar el paisaje. Víctor querrá bajar, y entonces Ana le dirá, ¿Prometes no acercarte al vacío? Lo prometo, responderá Víctor. Ana bajará con cuidado y recibirá a Víctor en brazos para ponerlo sobre la roca. Ana se sentará con Víctor entre sus piernas para cuidarlo.

Las nubes se mueven con una lentitud que calma, los pinos bailan con el viento, el agua de la quebrada brilla entre los arbustos. Verá entonces una pequeña polvareda que avanza por el camino de tierra. Ya vienen, pensará. Los verá trotando con las armas en las manos. Es una mancha verde que se detiene frente a la cabaña. Dos hombres se acercarán a la puerta, la patearán. Entrarán con sus armas en alto, tirarán al suelo las bibliotecas, esculcarán entre los cajones de los armarios. Ana no escucha ningún sonido, tan solo los verá manoteando, formando frente al Comandante. Subirá para coger los binoculares y volverá para mirar el batallón. Uno de los hombres sacará unos binoculares verdes y mirará hacia el Peñón. Ana se agachará cubriendo a Víctor como si la mirada del hombre fuera un disparo, como si fuera la muerte misma.

Chaicu

Panichota se separó de él después de pasar la entrada. Chaicu fue hacia la hoguera de su familia junto a su mujer y su hijo. Ven, le dijo a Fitatá. La llevó hacia el bosque, alejándose del mensaje que daría Panichota. Caminaron hacia el río en miedo del bosque. Chaicu guardaba silencio. Fitatá supo por ese silencio, por la tensión de sus manos y por la velocidad de sus pasos, que algo había pasado con los zuhás. Supo que se acercaba la batalla.

Cuando llegaron al río, Chaicu enjuagó su rostro y respiró profundo. Miró a Fitatá. Iba a hablar, pero supo que no había ya necesidad. Se abrazaron en silencio, cómplices, para no tener que decir nada, como si el silencio estuviera por encima del tiempo y del espacio y les diera un refugio, lejos del lugar en que todos gritaban al unísono ante las palabras de Panichota.

Fitatá se agachó para beber agua y mojó la cabeza de Chaicu. Con sus pulgares masajeó su frente y sus sienes, bajando luego al cuello y a los brazos. Recorrió su espalda y pudo sentir cómo Chaicu comenzaba a respirar y a relajarse. Lo llevó dentro del río. Siéntate, le dijo, y se sentaron.

Fitatá bebió del cuello de Chaicu las pequeñas gotas de agua como si bebiera su piel. Lo rodeó y besó sus ojos. Lo abrazó con sus brazos y sus piernas y, como si fuera una flor, abrió sus labios; como si fuera un árbol meció su cuerpo; como si fuera una serpiente, tensó cada uno de sus músculos alrededor de Chaicu; como si fuera un río, encabritó sus aguas y se detuvo luego, lentamente, y sintió cada espacio de su cuerpo, como si fuera todo lo que existiera.

El río volvió a sonar con su sonido constante y el viento recorrió de nuevo sus pieles. Chaicu la abrazó con fuerza. No quería que sus labios se cerraran nuevamente; no quería que el tiempo volviera a correr como corría el río, sin detenerse, y que terminara aquel abrazo.

Se quedaron así otro rato, sumergidos en el río hasta la cintura. Lo último que sintieron antes de salir del río fue el mordisco de los peces. Caminaron de vuelta con cuerpo y alma tranquilos; el bosque también les dio la tranquilidad que pudo. El viento sopló con suavidad, llevando hasta ellos el olor de la carne en las hogueras. Fitatá avivó el fuego mientras Chaicu golpeaba la carne para suavizarla. Su hijo los miraba.

Todos se sentaron a comer con sus familias. Los hombres hablaban acerca de la guerra; los niños escuchaban las conversaciones de sus padres; las mujeres

escuchaban también mientras rasgaban la carne para dársela desmenuzada a sus hijos. Los guardias fueron relevados y las mujeres trajeron agua del río en las ollas de barro.

Se escuchó un grito, que Chaicu reconoció de Panichota. Tomó su lanza y corrió hacia la cima, donde un hombre sostenía una roca sobre su cabeza, inmóvil. Chaicu miró hacia abajo; un zuhá cubría su cabeza con el escudo, acurrucado. Se descubrió lentamente y corrió hacia abajo con sus otros compañeros. Chaicu ayudó al hombre a bajar la piedra; no había sido capaz de arrojarla, y estaba pálido y débil; las piernas le temblaban.

No sería fácil para los zuhás atravesar el sendero sin ser emboscados por las rocas. Panichota pasó corriendo hacia la entrada. Chaicu vio el miedo en los rostros de las familias que los miraban. Vio también el rostro de su hijo, y caminó hacia él. Rodeó su cuerpo con un abrazo y lloró porque su hijo también lloraba, diciéndole, Tengo miedo, no me quiero morir. Chaicu recostó la cabeza de su hijo contra su pecho y le dijo, No tengas miedo; yo te cuidaré.

Víctor

Ayudará a Ana a sacar las cosas de la maleta. Luego se sentará a su lado para recostarse; se siente cansado del camino. Mirará a Ana, que cierra los ojos; se quedará quieto para no despertarla. Cuando sienta que el ritmo de su respiración cambia, se pondrá de pie y buscará a su padre con la mirada. David está abajo recogiendo leña para una fogata.

Caminará entre las grietas arrancando flores, las hay rojas, amarillas, blancas, con los pétalos cerrados y abiertos, de centro amarillo, morado, blanco; en medio de los bosques miniatura encontrará agua estancada a la sombra de las pequeñas plantas. Allí vuelan mosquitos y abejas. Sabe que las abejas pican, pero no les teme. Verá hormigas, arañas que cavan, arañas que tejen entre las ramas, entre las rocas. Verá un gusanito rojo que camina estirando y recogiendo su cuerpo, así: *_n_n_n*. Lo seguirá entre las grietas.

Volverá donde Ana, que tiene todavía los ojos cerrados. Guardará las flores arrancadas entre las páginas del libro de su padre. Lo cerrará con cuidado y lo guardará de nuevo en la maleta. Caminará hacia el borde de la montaña, pero el vértigo lo obliga a acostarse para ver el horizonte. Un poco más abajo hay un pedazo de roca que sale de la montaña; le gustaría bajar de un salto, pero teme. Sentirá que Ana lo hala de la chaqueta, diciéndole, Ten cuidado.

Bajarán. Víctor sentirá que ha encontrado un escondite secreto, y así lo imagina. Se sentará entre las piernas de Ana. Entonces verá la polvareda que se eleva del camino de tierra. No preguntará nada; tan solo verá el batallón que aparece. Ana irá por los binoculares y él se quedará quieto; siente miedo del vacío y de aquellos hombres. Ana volverá, y después de observar un rato lo pondrá contra el suelo. ¿Qué pasa?, preguntará. No te muevas, dirá Ana. Víctor cerrará los ojos para estar aún más escondido en su escondite secreto. Ana mirará hacia abajo y le dirá a Víctor, Ve a buscar a tu papá. Lo alzará, poniéndolo de nuevo en la cima de la montaña. Víctor caminará hacia el bosque. Verá a su padre cargado de leña. Le gritará, ¡Hay gente verde allá en la cabaña! David soltará la leña y correrá hacia el borde del Peñón. Mirará hacia abajo mientras Víctor le dice, No nos vieron porque nos escondimos en el escondite secreto.

Del bosque de pinos saldrán los perros de Carlos, pero Víctor no lo ve a él. Los perros se acercan mientras él baja a encontrarse con ellos. Pero escuchará un grito, y entonces mirará hacia la cima. Los perros también miran. Ladran, aúllan y

dan vueltas alrededor de Víctor. Sus crines se erizarán. Víctor verá que giran en círculos, entonces se agachará par acariciarlos y tranquilizarlos. Víctor irá a la cima; sabe que el grito no es de Ana y tampoco de su padre. Tan solo se escuchan el viento entre las ramas y el murmullo del río.

Un silbido sonará en el bosque. Es Carlos que llama a los perros. Víctor irá hacia donde David, que habla con Ana detrás de las rocas. Dirá, Tengo sueño. David extenderá una cobija para que se recueste. Sentirá mucho sueño, quizá por el miedo a los hombres de verde. Y entonces se quedará dormido y soñará mientras las nubes se alejan de la montaña.

Panichota

Se bajó de la roca que lo elevaba y fue adonde su mujer. Las familias hablaban de la guerra, decían que aquel Peñón ya no era un lugar para vivir. Mientras la comida estaba lista, Panichota caminó entre las hogueras. Quería escuchar las conversaciones sobre el enfrentamiento que se avecinaba. Miraba los gestos de las mujeres, los rostros maravillados y temerosos de los niños ante las historias de guerra.

Vio cómo preparaban las armas, cómo untaban las puntas de las flechas en veneno, cómo disponían de rocas al borde del Peñón, sobre el sendero, cómo afilaban la punta de sus lanzas. Vio también el miedo en las manos temblorosas, en los rostros cansados y aun así valientes. Ayudó cuanto pudo; tensó las cuerdas de los arcos, limó con su piedra el mango de las lanzas, supervisó la preparación del veneno. Todos lo respetaban, pues era el cazador más experimentado en el Peñón. Comió de la carne de su hoguera y se alejó en silencio hacia el abismo.

Llegó al borde y saltó a la roca que se asomaba del peñasco. Miró hacia abajo; vio un pequeño grupo de zuhás que exploraban el sendero. Miró hacia arriba y le gritó a un hombre que acomodaba rocas, avisándole de los zuhás. Zuhá e indígena escucharon el grito; el zuhá se cubrió con su escudo al ver que el suta alzaba una piedra sobre su cabeza. Pero el suta no arrojó la roca. El zuhá corrió con su grupo hacia abajo por el sendero. Panichota vio llegar a Chaicu y ayudar al hombre pálido e inmóvil a bajar la piedra nuevamente.

Corrió hacia el sendero con lanza en mano; los guardias ya bajaban en busca de los zuhás, pero Panichota los instó a cuidar la entrada y bajó él por el camino. Aceleró su paso hasta alcanzarlos en la falda de la montaña. Los zuhás se detuvieron para enfrentarlo. Al ver que se detenían, Panichota salió del camino y se adentró en el bosque. Los zuhás lo perdieron de vista.

Saltó entre las raíces esquivando las ramas y los adelantó. Alcanzó a verlos con los escudos en alto y las espadas desenvainadas. Estaban cubiertos casi del todo por sus armaduras. Salió del bosque mucho más adelante y se escondió en la cima de una de las grandes rocas. Allí no lo alcanzarían sus espadas. Subió dos rocas que podría arrojar a sus cabezas antes de que se asomaran por el sendero. tomó la lanza y se agachó bocabajo sobre la roca para que no lo vieran. Los zuhás siguieron el camino cuidándose de la espesura del bosque.

Cuando estaban cerca de la roca, Panichota pudo reconocer a aquellos tres hombres. Eran los asesinos de Chirica, que lo habían hecho huir como carnada de

perros abandonando a su compañero muerto. No pudo controlar su ira y, en vez de aguardar en la roca para arrojar las piedras sobre sus cabezas, saltó tirando la lanza al suelo y disparó una flecha que atravesó el ojo de uno de ellos; luego disparó otra de la que alcanzaron a protegerse con sus escudos. Panichota aprovechó para recoger la lanza y correr hacia ellos mientras alistaban sus espadas. Con un salto arrojó la lanza al segundo hombre, que tenía el escudo demasiado bajo. La lanza se clavó entre su casco y su pecho, reventándole el cuello. Solo quedaba un hombre que corrió hacia él protegiéndose con el escudo y alzando la espada. Panichota entonces cambió de dirección y se metió de nuevo al bosque. El zuhá lo perdió de vista, y no tuvo tiempo de esquivar la flecha que salió de entre las ramas. Se cubrió con el escudo al caer al suelo y retiró la flecha de su pierna. Se sabía en desventaja. Gritó palabras incomprensibles para Panichota, que salió de entre los árboles con el arco en mano, mirando cómo el veneno de la flecha iba absorbiendo poco a poco la vida de aquel zuhá cubierto de hojalata.

IX

Esta puede ser la historia de un hombre más allá de los pueblos, más allá de las heridas y las cicatrices. Puede ser la historia de ese hombre que vivió el mundo y ahora lo recuerda. Quizá el mundo no cambie por ese hombre y los pueblos ya lo hayan olvidado. Pero si los pueblos no cambian, quizá quien cambie sea el hombre que se detiene, que deja de andar y cierra los ojos y lleva a todos los pueblos en él.

El camino ya fue recorrido. El libro ya fue escrito. El hombre abre los ojos y escucha de nuevo el viento, el molino de café, las manos de los meseros, que descansan, los clientes que ya se van. El paisaje ha cambiado; hay flores y colibríes, pero el árbol ya no está.

Y si todo esto acaba, ¿qué queda? Quedan sus manos sobre las páginas escritas, quedan los pueblos que lo habitan, quedan sus pies untados de caminos. El sol atraviesa el cielo y atardece antes de que se acabe esta historia.

Ana

Verá cómo Víctor cierra los ojos para descansar. Calentará el almuerzo en silencio. El batallón está abajo, almorzando al lado de la cabaña. Arrumará la leña entre las gritas para protegerla de la llovizna que comienza, mientras mira hacia las minas intentando adivinar cualquier ejército. Recordará la imagen del cuerpo de su padre en la Plaza, asesinado por los militares en el Golpe. Deberíamos irnos antes de que suban, le dirá a David, que alista un mantel de plástico y los platos.

Cogerá la toalla y bajará al río. Necesito refrescarme, dirá sin esperar respuesta. David mantiene su silencio. Las nubes negras se posan sobre el bosque de pinos. Llegará al río temiendo la lluvia, mirando el color azul del cielo que desaparece poco a poco. Se desnudará para bañarse. Lavará cada parte de su cuerpo y respirará profundo sintiendo el susurrar de las hojas. Olvidará el batallón por un momento; no siente su propio cuerpo, no siente el aire que respira. Tan solo siente el río que la atraviesa.

Su cuerpo se convierte en un lugar vacío en el que el mundo se posa. Ya no recuerda a su abuela; siente sus arrugas. Siente su cuerpo cansado que se agacha para atizar una hoguera, siente un cuerpo que se agacha para cargar a su hijo. Cada poro de su piel húmeda del río siente miedo, como si el aire se deshiciera y dejara de soplar su pelo y ya no pudiera respirar. Le faltará el aire, como si corriera, y entonces siente la necesidad de huir. Recordará los labios de su abuela contándole una historia vieja que le contaba su abuela, transmitida durante siglos. Recordará la historia del suicidio de las familias, y cómo su abuela indígena huyó con su hijo para sobrevivir.

Abrirá los ojos y sentirá de nuevo el aire; su cuerpo está mojado de río y lágrimas. Saldrá del río y subirá a la cima. David la verá con los ojos rojos y mojada. ¿Qué pasa?, le preguntará. Tenemos que irnos, ya. Víctor despertará llorando. ¡Tenemos que irnos!, dirá Ana, y recogerá su maleta a medio cerrar, caminando hacia el río, alejándose del Peñón que ahora sabe que guarda miles de cuerpos desnudos de carne y pieles, muertos de tiempo y olvido.

Chaicu

Caían las primeras gotas de llovizna; el azul del cielo oscurecía. Chaicu guardó un poco de leña entre las grietas para protegerla de la lluvia. Tenemos que irnos, le dijo Fitatá. Pero esta es nuestra gente, nuestra tierra, respondió Chaicu. Fitatá soltó entonces a su hijo y lo dejó en brazos de Chaicu para bajar al río. ¿Qué pensarían todos si los veían huir?

La lluvia arreciaba cuando volvió Fitatá del río, con sus ojos rojos, pero la cabeza en alto. Extendió una tula en la que guardó algo de comida y mantas. Un viejo los miraba. Fitatá mantuvo sus ojos fijos en los del viejo, que condenaba sus acciones. Chaicu debía tomar la decisión de quedarse para la batalla o de irse con su mujer y su hijo. El viejo miró entonces a Chaicu, que tan solo miraba a Fitatá sin saber qué hacer, y lo llamó. ¿Recuerdas las pinturas de la entrada?, le dijo. Si morimos, es lo único que quedará de nosotros. Anda. Cuida del hogar que Fitatá te ha dado.

Pensó entonces en el camino que tendrían que recorrer solos a través de la selva. Alistó arco y lanza; ahora debía proteger a alguien más que a sí mismo. Se cargó la tula mientras Fitatá se amarraba su hijo a la espalda.

La llovizna se convirtió en lluvia cuando sonaron los gritos de los guardias. Vieron que todos corrían hacia el abismo para arrojar las piedras sobre el sendero. A la entrada del Peñón los guardias sostenían sus lanzas en ristre y sus macanas. Las piedras al lado del abismo se acabaron y, en medio de los gritos, todos corrieron hacia la entrada.

Chaicu agarró con fuerza su lanza y comenzó a correr, pero Fitatá le gritó rogándole que se fueran. Los niños gritaban y las mujeres alzaban las armas. Chaicu vio la multitud que se agolpaba a la entrada. Giró para dejar de ver a sutas, tausas y cucunubaes y corrió hacia el río junto a Fitatá. Cógete duro, le dijo Chaicu a su hijo mientras lo cruzaban, y el niño tensó sus manos a la espalda de su madre con todas sus fuerzas.

Chaicu no supo nada más de las quinientas familias después de cruzar el río y correr entre los árboles, escapando de todo, huyendo, corriendo sin detenerse para evitar el miedo de no ser capaz de seguir corriendo alejándose de la batalla.

Víctor

El sol se esconde tras las nubes; bajo las ramas el suelo está seco y hay sombra y frío. Escuchará el susurro de las secas ramas y el crujir del suelo bajo sus pasos. Un aletear lo hará detenerse y mirar hacia las copas; un ave negra y grande lo mira. Víctor la verá volar hacia el pico más elevado de los peñascos. Sentirá olor a carne asada. El ave grazna, abriéndole paso a otros gritos que Víctor escuchará cada vez más fuertes. Se tapará los oídos sin conseguir el silencio, viendo cómo llegan cada vez más aves negras a los altos picos. Llamará a David, pero nadie responde. Las aves miran hacia la entrada del Peñón. Escuchará ruido metálico que se acerca mientras los gritos se multiplican, y entonces ve.

Hay cuerpos que resisten las embestidas de otros cuerpos hasta que caen sobre las rocas y por el abismo; las aves los siguen con la mirada para luego descender en picada hacia las faldas del Peñón. Sentirá cómo a su cuerpo lo recorre el viento, como si volara; no comprende el dolor que invade sus emociones, que lo embarga.

Despertará entonces, llorando. Escuchará a Ana diciendo, Tenemos que irnos.

Bajarán de la cima, Víctor en brazos de David y Ana a la delantera. Bajarán hasta el río y cruzarán; la llovizna es ahora fuerte lluvia. Víctor mirará por encima del hombro de David y verá que al Peñón entra el batallón con sus armas en alto. Bajarán entre las rocas del río, que crece lentamente. Llegarán a una cueva a la que atraviesa el río. Sonarán entonces los primeros disparos, y después los gritos de los hombres y los aullidos de los perros. Víctor llorará.

Ana lo tomará entre sus brazos e intentará calmar su llanto ahogado, diciéndole, Yo también sé lo que está pasando. Respira, por favor. Respira. Entonces calmará su llanto, sintiendo cómo los brazos de Ana lo protegen con cariño. Se sentarán en un rincón de aquella cueva mientras el río crece por la lluvia. Víctor verá, en una de las paredes, una pintura roja. Es el Peñón, dibujado por un par de dedos que tiemblan al dejar las líneas de achote sobre la pared de piedra.

Panichota

Dejó atrás los cuerpos de los zuhás. Lavó la sangre de su cuerpo con la lluvia que comenzaba. Caminó hacia la hoguera junto a su mujer, su hijo y la perra. Se sentó a su lado y abrazó a su hijo, que jugaba bajo la lluvia.

Escuchó entonces el grito de los guardias. Sin pensarlo corrió cargando a su hijo hasta el borde del Peñón. Abajo, por el sendero, se acercaban los zuhás en grupos de a dos, cubriéndose de la lluvia y las piedras con sus escudos. Arrojó una piedra detrás de otra al igual que sus compañeros, hiriendo varios zuhás, pero sin lograr detenerlos. Los guardias arrojaban lanzas y flechas a los que alcanzaban la entrada, intentando atravesar sus armaduras. Los primeros dos zuhás de la formación bajaron sus escudos para protegerse de las flechas, sin darse cuenta de una piedra que caía; la piedra aplastó la cabeza de uno de ellos, pero el otro, enloquecido de miedo e ira, arremetió contra los guardias y la multitud que se había formado a la entrada abriendo paso a través de ella. Rompió la barrera y logró que los zuhás entraran en medio de la multitud que, entorpecida en ese reducido espacio, se deshizo desgajada por las espadas que abrían sus pieles y sus entrañas.

Las grietas de la roca se llenaron rápidamente de sangre y lluvia, mientras que los que sobrevivían huían hacia el abismo o hacia el bosque. Pero los perros corrían detrás de ellos, y los zuhás les daban alcance y los decapitaban con sus espadas. Panichota pudo ver cómo su perra era asesinada por uno de ellos en medio de la tenaz masacre.

Por el abismo saltaron los viejos; las madres y los padres tomaron a sus hijos entre los brazos para saltar. Panichota vio morir a su mujer atravesada por una espada y oyó gritar a su hijo; lo alzó y le dijo, No tengas miedo. Dio unos pasos hacia atrás y se dejó caer de espaldas, abrazándolo con fuerza contra su pecho.

Los zuhás se quedaron inmóviles, viendo cómo desaparecían poco a poco los cuerpos que caían con la lluvia por el abismo. Panichota sintió cómo a su cuerpo lo recorría el aire, y alcanzó a pensar en el vuelo leve de las mariposas antes del golpe contra las rocas.

X

Al guardar silencio se pueden escuchar los propios pensamientos. Si se escucha con atención se puede oír la respiración, el aire; si se quiere, se puede escuchar el tiempo que baila con las hojas de los árboles y que avanza con el caminar de los caracoles.

Supe de este suicidio en una serie de conferencias sobre la historia de Bogotá; cuando el conferencista, Manuel Hernández, estaba a punto de terminar la historia, nos pidió que nos guardáramos los aplausos; No más preguntas después de esto. No más palabras, por favor. Tan solo el silencio:

“Los indígenas de Tausa, Suta y Cucunubá se confederaron, y con el mayor secreto trasladaron sus familias y mantenimientos, y se fortificaron en el peñón de Tausa, acopiando una gran cantidad de piedras en el único sendero escarpado por donde podía subirse a aquella fortaleza natural. Luego que en Santa Fe se supo de este alzamiento, salieron cien hombres a sujetarlos. Los enormes cantos de piedra que los indios lanzaban de aquella altura, lastimaron algunos españoles y mataron uno, pero los otros subían de dos en dos, apoyados en los fuertes escudos, y de este modo lograron coronar la estrecha explanada en lo alto del peñón, circuido por todas partes de peñas tajadas de centenares de varas de altura.

Aquí se siguió una escena de sangre y de desolación imposible de describir: los que no morían a los filos de la cuchilla española, se precipitaban de tamaña altura; hombres, mujeres y niños se hacían pedazos al caer por entre aquellas rocas; algunos se rindieron, y, amonestados,

volvieron a sus pueblos a doblar la cerviz para pagar el duro tributo a sus amos. Por muchos días no se veía otra cosa en estos lugares de desolación, que bandadas de aves de rapiña que se cebaban en los cadáveres de aquellas inocentes criaturas.”

Ana

La cueva es un refugio de la lluvia que inunda el río. El agua sube y cubre sus pies. Ana escuchará el graznido de las aves, que se confunde con los gritos humanos en medio de los disparos. La lluvia entra por los bordes de la cueva, bañando sus paredes. Ana llora como si fuera el cielo y sus lágrimas la lluvia que lava sus paredes.

Sentir su propio dolor la calma. No habla. No dice nada. Se deja llenar del silencio del río y la lluvia. Baja para lavarse el rostro con el agua que corre. Siente el agua fría sobre su piel morena. Bebe. El agua toca sus labios como a los de David en su apartamento, como toca los de Chaicu y Panichota que recogen agua del río con sus manos como un cuenco. Recorre su cuerpo como si recorriera la tierra seca de todos los cuerpos que tienen sed. Siente que lava su cuerpo por dentro, y su alma.

En ese momento deja de existir el tiempo; tan solo existe su cuerpo. Ya no siente dolor por la muerte; la inunda el dolor del río que lavó la sangre de los cuerpos rotos; la inunda el dolor del sufrimiento mas no el de la muerte; el dolor de sentir la tranquilidad de los cuerpos que se arrojan al vacío, porque la vida ya ha dejado de ser vida para ellos.

Chaicu

Ve un sendero oculto que se abre entre los árboles. Caminan en silencio a través de aquel sendero que los lleva a las faldas de la montaña. Suena el río que cae entre las rocas.

Miran hacia la cima. El cielo está gris y se rompe, deshaciéndose en millones de gotas que caen. En los picos del Peñón se posan los cóndores con la mirada fija en los cuerpos que se acercan al abismo de aquellas peñas bañadas por el aguace-ro que se lleva la sangre derramada. Chaicu ve cómo, en un silencio inverosímil, los cuerpos saltan.

A pesar de la fuerte lluvia, el río disminuye su cauce, descubriendo así las rocas que antes escondía bajo sus aguas. Chaicu ve una cueva arriba; sube con Fitatá y su hijo por las rocas sin contener el llanto que la lluvia lava. Dentro de la cueva encuentran refugio; el río crece de nuevo y los oculta entre las paredes de la cueva.

Chaicu besa a Fitatá y a su hijo, diciéndoles, Aquí estaremos a salvo. Saca el achote de la tula y camina hasta una de las paredes; lo machaca y escribe sin palabras; sus dedos dibujan el Peñón de color rojo y los cuerpos que caen a sus faldas.

No sabe qué hacer cuando separa sus dedos de la roca, pero ya no importa. Su familia vivirá. Baja al río que atraviesa la cueva y mete sus manos entre el agua que se lleva el color rojo. Las sube hacia su boca y bebe de ellas. Siente cómo el agua refresca su garganta.

Víctor

También escucha el grito de las aves. Sabe que van en picada hacia las faldas de la montaña, sabe que van en busca de carne muerta. Ya no llora; el abrazo de Ana lo calma. Mira a su padre, absorto en la pintura roja del Peñón que está sobre la pared de la cueva. David abre la maleta; saca de ella el último dibujo que Víctor hizo de la montaña. Mira el Peñón, dice David. Son iguales. Víctor camina hasta la pared del dibujo y mira; reconoce sobre la roca sus propios trazos. La única diferencia es que sobre la roca están los puntos de rojo que caen; sobre el papel hay puntos de colores.

Víctor alza su brazo para tocar el dibujo de Chaicu. La pintura debería estar seca, pero sus dedos se manchan. Baja al río que atraviesa la cueva. Enjuaga sus manos y el río se lleva aquel color rojo.

Mira cómo desciende. Mira cómo, por la oca de la cueva, se devuelven las aves negras. No se oye su aletear. No se oye la lluvia, que se ha detenido en el aire. Es como si el aire se hubiera congelado y ya nada se moviera en aquel total silencio, excepto las aves que terminan de pasar y el bosque que ha remplazado a los pinos. Mira cómo sus manos entran en el agua y bebe. Tiene manos de hombre grande. Es un hombre grande y está casi desnudo. Hay una línea roja que atraviesa su pecho. Arriba hay una mujer con los senos descubiertos que abraza a su hijo.

Escucha el aleteo de las mariposas que caen del Peñón y levantan vuelo para perderse entre los árboles del bosque. Escucha cómo queda todo en silencio.